

A woman is submerged in dark water, her head just below the surface. She is wearing a long, flowing white dress that billows around her. Her hands are positioned near her waist, holding the fabric. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her body and the texture of the dress against the dark background.

DANIEL GUEBEL
Ella

LITERATURA MONDADORI

Índice

Cubierta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Créditos

Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Ella

DANIEL GUEBEL



Mas si hablo, mi dolor no cesa, y si dejo de hablar, no se aparta de mí.

Job, 16:6

A A.R., que me contó la novela

—¿Creen en Dios los sepultureros?

A veces Julián interrumpía las conversaciones de sobremesa con preguntas de esa clase. Lo hacía para molestar, para cambiar de tema, o porque esperaba el reproche de Josefina:

—¿Nunca vas a hablar en serio?

Para Josefina, el mejor amigo de su marido era raro, pero como Matías lo invitaba a los asados de domingo ella se abstenía de toda objeción. Las chicas del Jesús María no fueron educadas para discutir las decisiones de sus esposos, sino para casarse con un muchacho del Champagnat y dar a luz entre seis y ocho hijos, mientras ellos ejercen la abogacía, trabajan en entidades financieras o en compañías agroexportadoras y juegan al polo.

Por lo menos era así cuando Matías y Josefina decidieron vivir toda la vida con la persona que conocieron a los quince años.

Se casaron a los veinte, tuvieron una nena y dos varones, fueron de los primeros matrimonios jóvenes que dejaron Recoleta, preocupados por el aumento de los asaltos en la zona, y se arriesgaron a mudarse a un barrio vigilado —que sólo la delicadeza lingüística de sus propietarios, su deseo de distinción, impedía denominar como “country”.

Con lo que costaba un departamento importante en Alvear y Quintana consiguieron una propiedad de carácter racionalista, parque de tres mil metros con pileta y dependencias. Ni siquiera necesitaron de la ayuda económica de los padres: Matías había crecido en sueldo y responsabilidades en la empresa donde trabajaba. Josefina se ocupaba de los chicos y de la casa. Había, también, almuerzos o cenas con ex compañeros de colegio, casados como ellos, con hijos como ellos, en los que compartían los recuerdos del pasado y las satisfacciones y agobios de la crianza.

Esas reuniones se hacían en la casa del barrio vigilado de Josefina y Matías, y nunca faltaba ocasión de que alguno les preguntara cómo era eso de permanecer tan alejados de los lugares donde vivía el resto de los amigos. Matías explicaba que lo que perdía en distancia lo ganaba en paz: al levantarse escuchaba el canto de los pájaros y al irse a trabajar sabía que sus hijos podían correr por todos los senderos del barrio sin riesgo de que algún demente los atropellara.

Josefina se limitaba a decir que la limpieza del cielo y la pureza del aire le hacían mucho bien, la elevaban. Decía eso, cosas como esa, y alzaba la vista para ver la cara que ponía Julián, en el temor de que saliera con uno de esos chistes repletos de cinismo y de crueldad.

Pero a ella Julián no le hacía bromas. En cambio, si Matías decía, por ejemplo: “Aunque ahora parezca fuera de onda, a Josefina y a los chicos les encanta veranear en Miramar”, Julián agregaba: “ese lugar horrible donde la arena está siempre húmeda y la sombra de los edificios cae sobre la playa a las tres de la tarde”. Y si Matías decía: “Me encanta esquiar en Las Leñas,

me encantan los paisajes nevados”, Julián contestaba: “Eso demuestra tu falta de imaginación. Yo abro la heladera, veo un cubito de hielo y me imagino un iceberg”.

Y se reían, los dos.

Alguna vez Josefina pensó en decirle a Matías que no consideraba a Julián una buena compañía. Pero, además de reírse con su amigo, Matías parecía tenerle un poco de compasión. Cada tanto hacía comentarios por el estilo de: “Pobre Julián, aunque busca y busca, no encuentra mujer para él”.

A Josefina, eso no la asombraba. ¿Quién podía tolerar la acidez de sus comentarios?

A quienes se acaban de mudar a un barrio vigilado, la existencia no resulta tan fácil como imaginaban. Por supuesto, durante un tiempo, el confort engaña. Con un llamado telefónico llegan los pedidos a la casa, si se quiere practicar algún deporte no hay más que caminar un poco y están las canchas de tenis, las caballerizas o el gimnasio cerrado, y en el *tea house* se puede tomar algo sin necesidad de salir al exterior... Los barrios vigilados están llenos de mujeres que se levantan tarde, desayunan tarde, dan instrucciones a la cocinera, van a buscar a los chicos al colegio, vuelven, almuerzan con ellos, duermen la siesta, se levantan y hacen gimnasia, se duchan y se cambian, miran un rato de televisión y luego llaman a sus madres para contarles lo hermoso que se ve el atardecer a través de los ventanales que dan a la piscina o al lago artificial o a los ligustros que protegen sus jardines de la mirada de los vecinos. Después toman el té y se ocupan de la cena, siempre y cuando los maridos no las lleven a comer afuera. Aunque en general los maridos vuelven cansados del trabajo y si quieren cambiar un poco el menú cotidiano prefieren acercarse al *inn restaurant*.

Al principio, Josefina creyó que sería una mujer como esas. Una ama de casa que se ocupa sólo de la crianza de los hijos y de la supervisión de las tareas domésticas —pensaba— también puede ser tomada por un ejemplo de conducta virtuosa como los que la hermana superiora Silvia ofrecía en las clases de religión. Algo en el estilo del barrio, nada ostentoso y hasta despojado, le hacía pensar que, a siglos de distancia, ella y los suyos habitaban un ámbito semejante al de las antiguas ciudades cristianas, o en una especie de monasterio enorme, lleno de familias que no visten hábitos pero que igualmente están consagradas a la vida espiritual.

Claro que esas fantasías se correspondían con un efecto de inocencia bautismal, de recién mudada al lugar. Pero lo cierto es que apenas compartió un par de encuentros con las residentes más antiguas, pudo advertir que no estaba en la mejor disposición de ánimo para incluirse dentro del tejido de sociabilidad que es de rigor en ese espacio casi comunitario. Las mujeres que conoció —incluso aquellas que se le aproximaban en edad, educación y fe— le parecieron a la vez mezquinas y ambiciosas, limitadas al chusmerío y al rencor, intrigantes y despóticas.

Por supuesto, podía tratarse de primeras impresiones, que siempre engañan, y más aún cuando asaltan a personas tímidas y reservadas como ella, que tienden a sentir que lo desconocido les dirige signos de hostilidad. Pero, por encima de esta posibilidad, lo que le pareció evidente fue que sus nuevas vecinas eran así debido al esfuerzo que hacían por otorgar a sus conversaciones una intensidad que únicamente alcanzaban a fuerza de malicia, y que tampoco lograba sustraerlas al aburrimiento. Una de ellas comentó:

—Lo más importante que me pasó en el día fue darme cuenta de que cambiaron los colores del escudo de la empresa de seguridad privada. Lo vi en el brazo de uno de los guardias.

Y otra le contestó:

—¿Y de qué talla era ese brazo, querida?

Y después, como si esa impertinencia fuera la base de lanzamiento para probarse en nuevas proezas de vulgaridad, se pusieron a hablar de las piernas del entrenador de tenis, el torso del jardinero, los abdominales del profesor de gimnasia, los dedos del masajista...

A Josefina, aquello la afectó. Durante el resto de la conversación se mantuvo en silencio, contemplando las caras de sus compañeras de encuentro, que parecían desfigurarse, o al menos deformarse un poco; la mención de los hombres y de sus partes parecía estampar sobre sus facciones las máscaras de una lujuria fría, como si las tallara un demonio experto en registros de contabilidad.

De vuelta en su casa, se encerró en el baño, introdujo dos dedos en su garganta y lanzó lo que había ingerido, tanto por asco como por prevención, para protegerse del riesgo de que aquello — el tedio, la desolación— funcionara como un virus y terminara contagiándola.

Luego, ya más aliviada, se le ocurrió pensar que a sus vecinas no las afectaba nada muy importante: sólo se habían dejado dominar por el pecado venial de la pereza. La enseñanza positiva de esa experiencia era que la inacción resultaba un error peligroso: una podía llevar una vida intachable, pero para alejarse de los desvíos había que mantenerse ocupada. Recordaba casos de santos que no habían tolerado la reclusión. Muchas veces, en el colegio, les habían hablado sobre los dos modelos de santidad. El santo que elige el primer modelo se encierra en lo más profundo de una cueva y se deja crecer los pelos y las uñas, o se sube a una columna rota y no habla sino con Dios, toma el agua de la lluvia y se alimenta de los gusanos que le crecen en las heridas. En cambio, el que opta por el segundo modelo se entrega al mundo: regala su ropa a los pobres y ofrece su pan a los hambrientos, o se pone una espada en la cintura y sale a recuperar Jerusalén.

—¿Cuál es más santo de los dos? —preguntaba la hermana Silvia—. ¿El recluso o el mundano? ¿El santo que quiere acceder a Dios o el santo que quiere acercar a Dios al mundo?

Por supuesto, ni ella ni sus compañeras podían estar seguras, pero sabían que la monja esperaba que contestaran:

—El segundo modelo es más grato a ojos del Señor.

Así, con el ejemplo negativo encarnado por sus vecinas de barrio, y con los santos activos como ideal a seguir en la escala que le fuera posible, Josefina se preguntaba qué cosas podía hacer y cómo debía preservarse del mal.

A veces conversaba de esas cuestiones con Matías. Ahora bien, como conocía vagamente la naturaleza de su anhelo pero no su forma, por mucho que tratara de precisarlo, lo que decía no alcanzaba para que su marido llegara a entender de qué se trataba el asunto, y mucho menos para que pudiese asumir sus mismas convicciones o supiese cómo hacer para ayudarla a tomar alguna decisión.

Para Matías, el sueño había sido realizado: tenían una familia divina, tres hijos hermosos, una

casa espectacular, pileta climatizada, y con lo que él ganaba alcanzaba para que los cinco vivieran bien. ¿Qué otra cosa hacía falta? ¿Qué era lo que ella podía necesitar?

En ese aspecto, las preguntas que se hacía Matías eran generosas, todas estaban a favor de la confianza que había depositado desde siempre en Josefina, y apostaban a un perfeccionamiento de la dicha de su mujer, pero al mismo tiempo no resultaban ni particularmente lúcidas ni él se las formulaba con la suficiente insistencia como para que la falta provisoria de una respuesta se le volviera un enigma. El no era un especialista en el alma femenina, no había tenido la experiencia ni la capacidad ni el tiempo para aplicarse a esas profundidades, y, por otra parte, con la cantidad de problemas que debía afrontar cada día en su trabajo, ya tenía bastante en qué pensar. Sus aportes, entonces, resultaban ocasionales y de corto alcance. No era extraño que Josefina quisiera hablarle de esos asuntos justo cuando él, después de haber bañado y acostado a los hijos, se tiraba en la cama dispuesto a dormir.

Así construida, la escena es típica y genera roces. En el silencio o el fastidio del marido, la esposa encuentra un argumento precioso para alimentar el mito de la incomprensión.

Pero Matías no era esa clase de persona, no despreciaba las preocupaciones de su mujer. Al contrario, las tomaba muy en serio. Simplemente, no sabía qué decir. A veces suponía haberla descuidado durante los últimos días y entonces volvía a la casa con un ramo de rosas frescas, o le regalaba un collar de perlas, o un vestido de diseño exclusivo. Podía acertar o equivocarse en la prenda, la joya o la flor elegida, pero en cambio estaba seguro de que su mujer valoraba el gesto. Y ahí acertaba: a Josefina no se le escapaba el carácter de ofrenda amorosa con el cual su marido trataba de compensar en parte las falencias de su colaboración en un asunto del que, en el fondo, apenas sabía más que él. Incluso, se sentía culpable de lo que estaba ocurriendo: al no entender exactamente lo que quería, había depositado sobre los hombros de Matías una responsabilidad excesiva, de la que él no sabía cómo descargarse, y que no podía menos que llevar cuesta arriba.

De todos modos, aquella incertidumbre no se trasladó de manera directa al resto de los órdenes de la existencia de ambos. En todo caso, se tomó su tiempo para hacerlo, y cuando lo hizo adoptó el aspecto paradójico de una revelación.

Fue el propio Matías quien se dio cuenta de esto, en el mismo momento en que Josefina le dijo que estaba embarazada de nuevo: la abrazó y le dijo que la amaba y que era el nuevo hijo lo que había estado necesitando.

Ella no pudo decir ni que sí ni que no. Le costaba admitir que alguien que apenas empezaba a existir pudiera ocupar el lugar de algo que le faltaba desde antes de su concepción. ¿Eran los hijos, entonces, frutos de una ausencia? En los otros embarazos no lo había sentido así. Los hijos fueron un pedido del cuerpo y del alma. Tal vez ahora su cuerpo había sentido la nostalgia de ese estado de embarazo, sin que su alma recordara, como las otras veces, su deseo de ser mamá. En todo caso, ¿cuántas veces una mujer deseaba ser madre y cuántas otras lo era simplemente

porque el hijo anidaba en su vientre? Un hombre, en cambio... Si la medida era la alegría de Matías, ella debería ser madre una y mil veces, y cien veces más.

El embarazo comenzó como los embarazos empiezan siempre: alegrías, algún mareo, nerviosismo, una mezcla de temor y expectativas... pero a los tres meses de gestación, Josefina sintió una especie de temblor, como si algo estuviera llorando o vibrando dentro suyo, o como si se acomodara o desplazara en el costado izquierdo de su vientre. Para Matías, se trataba de algo de lo más normal: eran los movimientos del bebé que nadaba en el líquido amniótico y que en sueños buscaba su posición en el interior de la bolsa.

El doctor Varela no tomó el asunto a la ligera. Palpó a Josefina, la revisó, la metió en una especie de cápsula que parecía el interior de una nave espacial llena de resplandores hirientes y de ruidos, y luego leyó un informe hecho de rayas, curvas y líneas rectas que había salido de una ranura de la cápsula.

Según el informe, había algo que no estaba funcionando del todo bien. No se podía hablar, aún, de riesgos, o al menos de peligro, se trataba de un caso que resultaba de detección infrecuente pero del que ya habían aparecido noticias en publicaciones especializadas del extranjero. La situación implicaba menos un desprendimiento del feto de la pared del útero que una relativa falta de fijación. El reposo era condición imprescriptible para que el embarazo prosiguiera con buenas perspectivas de éxito. Los movimientos innecesarios, la actividad febril, incluso la realización de las tareas domésticas podrían producir efectos no buscados que derivaran en un debilitamiento mayor de las posibilidades de adherencia de la criatura a los tegumentos escalamitosos, o algo así.

Mientras escuchaba las frases del obstetra, Matías pensaba en nieve cayendo desde el pico de una montaña, rodando ladera abajo, mientras que Josefina veía una especie de pequeña bola transparente y peluda y llena de luz que extendía unos bracitos finos como alfileres, y trataba de prenderse con sus uñitas a la superficie resbalosa y chorreante de una pared.

Cuando salieron de la consulta, Matías dijo:

—Reposo absoluto.

Josefina se acomodó a las palabras de su marido:

—¿Tengo que estar acostada?

Él sintió que la amparaba al decir:

—Sí.

En la casa, Matías reunió a los hijos y les explicó que mamá iba a quedarse en cama por unos meses y que no tenían que molestarla ni saltar en el colchón ni jugar a la guerra de almohadas en su cuarto. Si precisaban algo, tenían que hablar con la niñera, la mucama o la cocinera.

Rocío, la mayor, no pidió más detalles: estaba acostumbrada a que las explicaciones de asuntos de familia consideraran sólo la capacidad de comprensión de sus hermanos menores. Facundo, el del medio, preguntó si mamá se iba a morir. Juan Manuel se puso a llorar.

El personal doméstico se enteró de que la señora tenía que descansar y que para cualquier cosa de la casa tenían que hablar con el señor.

Josefina empezó su reposo imaginando que se sumergiría en un ciclo de angustias y depresiones, pero —a diferencia de lo que había temido— el descenso en el ritmo de actividades le resultó tranquilizador.

Se despertaba cerca del mediodía, desayunaba liviano, almorzaba una sopa de verduras y alguna carne magra, se entregaba a largas siestas, por la tarde veía un rato de televisión, leía los diarios y alguna revista, y ya tenía sueño de nuevo. A veces Matías volvía del trabajo y ella ya estaba durmiendo. De hecho, dormir se había vuelto su actividad favorita. Siempre había sido una chica diurna: se levantaba al amanecer, amaba entrar al campo de deportes del colegio, integraba el seleccionado de hockey... Todas sus ocupaciones, las verdaderas y más importantes, habían transcurrido durante las horas de luz. Pero ahora todo había cambiado, el día le parecía demasiado largo, lleno de detalles insignificantes y molestos; hasta sus hijos, lo más importante de su vida, habían pasado a un segundo plano. Lo que de veras la atraía era la densidad de la noche, su marea: ese derrame de capas y capas del más negro y aterciopelado de los petróleos, que la cubrían apenas cerraba los ojos. No se trataba del sueño, que también tenía un carácter refinado, pero que —con todos sus despliegues— cargaba con el rasgo infantil de pertenecer al mundo del espectáculo, sino de esa lenta disolución que no equivalía a la nada sino al más puro y delicioso bienestar, a un olvido que rescataba sin embargo una llama dorada, la esencia de sí misma, su conciencia de existir. Algo sin paisajes, sin variaciones. En esa palpitación mínima, Josefina había encontrado inesperadamente el secreto de su felicidad, y por eso sólo la buena educación le impedía protestar cuando, a su regreso, Matías trataba de despertarla —él creía que animarla— con besos y abrazos. Josefina se encogía en la cama, le daba la espalda, a veces soltaba algún suspiro de cansancio. Pero su marido no se resignaba, o, por lo menos, no lo hacía demasiado pronto. Sus caricias transmitían cierto grado de alarma.

En algún momento, conversando con Julián, le comentó su preocupación:

—Más que dormida, a veces parece como si estuviera desmayada o en coma. A veces la toco para comprobar que no está muerta.

—¿Lo hará para evitar las relaciones sexuales? —le preguntó Julián.

—No sería necesario. Varela ya nos dijo que había que interrumpirlas, por seguridad.

En la segunda visita que Josefina hizo al consultorio luego del percance, el obstetra la felicitó por el rigor con el que había seguido sus prescripciones, pero le advirtió que tampoco era aconsejable el reposo exagerado. La salud estaba en el equilibrio, en el punto medio entre el exceso y el defecto. Había que evitar que la piel se escarificara en el continuo roce con las sábanas, debido al riesgo de heridas e infecciones, por lo que convenía que se levantara seguido para ir al baño, y que cada tanto saliera de la habitación aunque se sintiese un poco débil y la cabeza le diera vueltas. Los músculos pedían algo de ejercicio, así que no descartaba algún lindo paseo por los alrededores de la casa.

En cuanto al embarazo —aquí la voz del doctor Varela encontró un tono más grave—, la situación continuaba desarrollándose de acuerdo al cuadro previsto: según los parámetros clásicos la sujeción del feto era incompleta, pero no se había observado hasta el momento que esa falencia derivara en deformaciones estructurales, problemas funcionales o en mayores índices de morbilidad. Su caso era el de muchas otras embarazadas y parecía indicar que la medicina moderna debía prepararse para admitir la emergencia de nuevos patrones en el *modus operandi* del embarazo y la parición.

Josefina quiso saber:

—Pero, ¿y mi bebé?

El doctor Varela le palmeó la mano:

—Siga como le dije y todo va a estar bien.

De regreso al barrio, Josefina se encerró en su cuarto y corrió las cortinas, pero aunque se acostó en la cama y cerró los ojos, el sueño no la acompañó. El obstetra había tratado de ser tranquilizador, pero el resultado fue inquietante. Josefina lloró durante horas, hasta que llegó su marido. Durmieron abrazados. Al día siguiente, despertó de buen humor. Matías volvió al trabajo habiéndose hecho a la idea de que todo se había solucionado.

Y durante un tiempo fue así. Josefina parecía recompuesta, menos adormilada que en las últimas épocas. Se levantaba temprano y desayunaba —apenas lo suficiente para asentar el estómago— en compañía de los hijos. Esos encuentros matutinos resultaban apacibles; ella no hablaba mucho. Prefería callar y pensar. Se contemplaba en la mirada de Rocío, Facundo y Juan Manuel, y reconocía cuánto les había hecho falta durante su breve período de reclusión. A veces también se preguntaba cómo había podido comportarse de manera tan egoísta. Desde luego, había sido una forma de egoísmo particular porque se trataba de cuidar al futuro hermanito, el hijo por nacer.

En el fondo, era un dilema de amor. Había que dispensar a cada cual lo suyo.

En algún momento, los chicos la besaban y se iban al colegio. Entonces Josefina volvía a acostarse —necesitaba descansar un poco, tal vez dormir— y se quedaba un rato, boca arriba, las

manos sobre el vientre, pensando en los nombres de la criatura. Con los imprevistos, ni a ella ni a su marido se les había ocurrido averiguar si se trataba de una nena o de un varón. Y era raro. En los embarazos anteriores, eso había sido lo primero que quisieron saber. Rarísimo: Josefina recordaba cada situación, sus emociones y sensaciones desde el primer vahído hasta el parto, como momentos claramente diferenciados tanto en los detalles operativos como en el aspecto emocional —no es lo mismo parir una vez que varias—, pero al mismo tiempo los tres ciclos se presentaban ante su memoria con los rasgos tajantes de lo idéntico; siendo lo previsible y esperado, los anteriores embarazos habían carecido de la dimensión de esta nueva experiencia. A veces tenía la impresión de que recién en éste, el cuarto embarazo de su vida, estaba empezando a comprender de qué se trataba eso de convertirse en madre y mujer. Claro que eso lo sabía desde siempre, pero antes no se había dado cuenta. El momento de fragilidad atravesado por la vida que nacía en su seno la había sacudido tanto que ahora no podía menos que dar gracias al Cielo por el hecho de que la lección recibida le hubiese sido suministrada con una mínima cuota de dolor. Y lo más hermoso era que esa gratitud ni siquiera era necesario expresarla en la capilla del barrio, siempre fría y cerrada con llave —sólo se abría los domingos, para las misas de vísperas y de maitines—, sino que podía ser manifestada a cada instante, allí mismo en la cama, con las manos sobre su vientre, hablándole a esa formita particular de Dios que crecía en su interior.

Josefina le decía ternezas, se acariciaba para que la criatura sintiera el calor de sus manos.

—Acá, acá está mamá, estás dentro de la pancita de mamá, mi hermosura, y mamá te está haciendo mimos. ¿Sabés qué sos? Sos mi sol, mi corazón de Jesús.

Y le cantaba canciones, ni siquiera sabía bien cuáles, las que escuchaba en la radio y las que recordaba de su infancia, sobre todo himnos religiosos.

En una revista había leído que a partir del quinto mes los bebés reconocen la voz de la madre y se vinculan con ella a través de las emociones. Dentro de la panza de la madre, un bebé —que no habla ni se hace entender y que ni siquiera piensa— puede distinguir perfectamente los matices de la alegría, la furia, el miedo, la calma.

Una mañana, después del desayuno, Josefina se puso zapatillas deportivas, pantalones y remera de manga corta. Quería caminar un poco y tomar sol en cara, brazos y piernas.

El recorrido no era peligroso: los senderos estaban bien asfaltados, no había pozos ni baldosas flojas como en las calles de la ciudad, que parecían trampas para cazar animales, y a esa hora casi no había tránsito. A lo sumo pasaba una bicicleta cada tanto. Incluso, el riesgo se reducía al mínimo si había algún movimiento de vehículo motorizado, primero porque los vecinos eran muy respetuosos de las señalizaciones que ordenaban un máximo de velocidad de veinte kilómetros por hora dentro del perímetro interior del barrio, y segundo porque había lomos de burro cada diez metros, de modo que alguien que no respetara las normas se veía obligado a frenar, si no quería que las partes bajas de su auto golpearan contra la lomada.

Empezó a paso lento. Debido al entrenamiento recibido en el colegio, conocía a la perfección las rutinas de precalentamiento, las técnicas respiratorias para cambiar el aire viciado de las zonas bajas de los pulmones, los movimientos a realizar para ir disolviendo los cristales de ácido láctico que la inactividad acumula en nuca, hombros y espalda. Se proponía pasar del ritmo de la caminata, que había empezado en la puerta de su casa y que finalizaría en las canchas de tenis, al paso vivo, que mantendría a lo largo de un par de vueltas alrededor del lago.

A la altura de los quinientos, seiscientos metros del recorrido, sintió que sus músculos recuperaban parte de la elasticidad perdida. Era una sensación agradable.

Cuando llegó a la intersección de Los Alelís y Las Magnolias, la entrada en calor era un hecho. El paso se había vuelto ligero y las endorfinas circulaban por su organismo. Alguien más expansivo que ella habría aprovechado el momento para tararear una canción. Sin embargo, Josefina percibía una especie de nube difusa, una molestia que no llegaba a disipar su estado de bienestar, pero que había dado aviso: minutos antes no existía, y ahora se había hecho perceptible. No se trataba del alerta de la fibra muscular antes de que se produzca el desgarró, ni de la opresión repentina que nos invade y arruina un momento de placer cuando recordamos de pronto haber dejado una tarea irresuelta.

Josefina abandonó por un instante su autoexamen, echó una mirada a su alrededor y descubrió que un guardia de seguridad le estaba clavando los ojos encima. En el cuerpo. De inmediato se volvió consciente de la ropa que llevaba puesta: unos pantalones cortos y ceñidos, una remera también ajustada. Por supuesto, era evidente que ya estaba en el sexto mes, pero ella no ignoraba que a algunas personas de cultura escasa las excitan las embarazadas. Las piernas hinchadas, el vientre tirante, las nalgas palpitantes, los pechos repletos. Un pedazo viviente de carne y de leche, una mujer que explota. De manera incongruente, se acordó de una adivinanza que era además una broma de pésimo gusto que una vez había hecho Julián. Estaban de sobremesa, se festejaba algo que ahora no recordaba, había corrido un poco de champagne y Julián preguntó:

—¿Quién se acostó primero con María? ¿Dios o José?

Ante esa pregunta, la mayoría de los presentes no supo si reír o protestar, y fue ella quien puso tal cara de disgusto que Julián rápidamente pidió disculpas. Josefina había tratado de salvar el incidente diciendo:

—Ya sabemos que vos no tenés fe.

Pero el enojo le duró meses. Había cosas con las que no se bromeaba. Ahora mismo, que estaba embarazada, ella debía resultar a los demás tan sagrada como el nombre de Dios. ¿Cómo entonces alguien podía mirarla de esa manera? Por un momento pensó en hablar con Matías y pedirle que denunciara la actitud inmunda de ese guardia ante la comisión directiva del barrio. Pero al segundo siguiente olvidó la cuestión. El guardia se estaba acercando. Ese tipo quería algo, tal vez intentaría... Josefina se dio cuenta de que si gritaba nadie la escucharía en la inmensidad de aquel paisaje. Cuando estaba a dos o tres metros, a tres pasos nomás, el guardia le dirigió la palabra:

—Con todo respeto, señora... Está sangrando.

En la ambulancia, luego de colocarle el suero, el médico de la obra social se comunicó con la central y pidió un sanatorio y una cama o una sala, aunque también podía ser que hubiese pedido una sala: los tranquilizantes ya estaban empezando a hacer su efecto y Josefina sentía la lentitud de su pensamiento, se perdía de nuevo en la calma mientras pensaba: “Tienen que llamar a mi marido” y “mi bebé, mi bebé”.

Matías recibió de inmediato el aviso de la emergencia, así que estaba en la puerta de la guardia del sanatorio cuando llegó la ambulancia y bajaron a Josefina. Quizá, de encontrarla despierta, no habría sabido qué decirle, cómo alentarla o consolarla, pero su expresión de serenidad lo tranquilizó. Esa palidez la embellecía de tal forma que se hacía imposible pensar que pudiese estar pasándole algo grave.

“Es una descompensación, una descompostura”, se decía mientras iba siguiendo el rumbo de la camilla, hasta que llegaron al quirófano y no lo dejaron pasar.

La operación duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales el cirujano salió del quirófano y le dijo al marido:

—Le salvamos la vida.

Matías preguntó:

—¿A quién?

Josefina salió de la anestesia una hora más tarde, cuando ya la habían trasladado a una habitación individual. Matías estaba a su lado, sentado en una silla algo baja. Desde su altura, a ella le pareció que estaba de rodillas, rezando, pero la mirada de su marido no estaba detenida en el crucifijo que colgaba a la cabecera de la cama sino perdida en algún punto del espacio, como si ahí buscara la fórmula de consuelo imprescindible para cerrar la herida.

Volvió a dormirse y al despertar sintió por primera vez el dolor de su pérdida. Llamó por el intercomunicador y pidió por una enfermera, y cuando la enfermera vino le dijo que quería ver a la criatura. La enfermera llamó a un médico y Josefina insistió ante el médico. Matías no dijo una palabra, pero en la expresión de sus ojos Josefina leyó un ruego, quizá una cierta oposición a su pedido, aunque tal vez fuera un rictus de débil solidaridad. El médico salió y al rato entró al cuarto un enfermero con una silla de ruedas. Entró otro, la ayudaron a bajarse de la cama entre los dos, la cargaron y depositaron en la silla y la llevaron a una sala iluminada por tubos fluorescentes. La luz blanca restallaba sobre los azulejos. Sobre una pequeña mesa de metal, una mesa de operaciones, había una especie de mantel de felpa, de bordes arrugados, y sobre el mantel estaba aquella pobre cosa quieta y llena de sangre que a nadie se le había ocurrido lavar antes de mostrárselo a la madre.

Era varón.

Josefina hizo un gesto y volvieron a llevarla a su cuarto, donde la esperaba Matías. Estaba

llorando. Josefina le dijo:

—Quiero que lo veamos y quiero enterrarlo en el camposanto como si lo hubiesen bautizado, como si hubiera nacido.

Matías se ocupó de todo: de la conservación del cuerpo en la morgue del sanatorio, de sobornar al comité médico para impedir que le realizaran una autopsia, del salón de velatorios y del cementerio parque privado donde descansan los restos de la criatura, que, a efecto de los trámites legales, fue anotado con el nombre de un arcángel, “Ariel”.

Por primera vez, Matías se encontró ante una circunstancia distinta de aquellas que su formación y sistema de relaciones lo habían preparado para afrontar. Los problemas sentimentales se hablan con los amigos y los laborales se resuelven dentro del circuito profesional. Pero en este caso no había nada que pudiera hacer.

Más difícil que dar una explicación a Rocío, Facundo y Juan Manuel —aún más difícil que hacerlo cuando no sabía qué había ocurrido y no podía responder a sus preguntas— era sobrellevar los hechos y sus consecuencias: él se había preparado para la llegada del cuarto hijo; había comprado la cuna y realizado algunas pequeñas reformas en el interior de la casa con el propósito de que la criatura tuviera un cuarto propio, y había acomodado su espíritu a fin de que la capacidad de amar se expandiera lo suficiente como para que el nuevo tuviera su propia ración, por lo que ahora no sabía dónde colocar todo ese amor que le sobraba.

En esa situación, en que la familia había perdido lo que no llegó a ser, o al menos a existir exteriormente (aunque sí tuvo vida y fue visible mediante aparatos), el problema se volvía además inabordable, pedía ser instalado en una dimensión del sufrimiento para la que una mente práctica como la de Matías no encontraba ubicación.

Durante un par de meses fue solo al cementerio privado donde descansaba Ariel. A veces, mientras contemplaba la losa de mármol negro y el crecimiento de la gramilla africana a su alrededor, se preguntaba cuándo y cómo debía sentir pena. Sabía que, en su lugar, Julián habría destilado su odio contra el mundo, declarando que el simple hecho de que su hijo no nacido se estuviera pudriendo bajo esos centímetros de tierra denunciaba la inexistencia o el horror de una divinidad brutal. Pero él no era Julián, y en esos momentos que el común de los mortales dedica a llorar a sus difuntos, Matías tenía la impresión de que su alma estaba vacía de emociones. Era tan extraño sentirse ajeno a su dolor, que en esas ocasiones no podía menos que preguntarse si, por alguna maniobra del destino, no habría en esos mismos instantes y en algún lejano lugar del planeta, alguien que se estaba preguntando por qué lo atacaban esas terribles puntadas en el pecho.

Igual, algo había cambiado en él; se había vuelto más expeditivo en cuestiones laborales, perdonaba menos los errores de sus subordinados, se detenía en detalles que ni siquiera correspondían a su área. Estaba más áspero y exigente, irritable. En muchas ocasiones debía contenerse para no estallar en ataques de ira.

“Estoy rodeado de imbéciles”, pensaba.

Tenía ganas de romper cosas, pegarle a alguien, pensaba en abandonar la oficina y no volver durante una semana...

En el ámbito doméstico, por contraste, se había vuelto de una suavidad y una dulzura que

conmovían hasta a la propia Josefina, que de todos modos se sentía incapaz de responder. Eso lo sabían ambos, sabían que se trataba de algo momentáneo, así que allí no había conflicto.

El conflicto, en este caso, estalló de manera casual.

Una mañana, cuando ya estaba por ir al trabajo, Matías se encontró con que alguien había pasado una hoja de papel impreso por debajo de la puerta. Era un volante en el que varios vecinos alertaban al resto acerca de la vulnerabilidad de los sistemas de vigilancia instalados para la protección del barrio. La mujer del doctor Ramos (propietarios de *Mi Sueño*) había visto a una persona de aspecto sospechoso cruzando el parque de la casa de los Lagar; Ramiro Paz Marcó (el dueño de *Los Lacustres*) había descubierto un claro, hecho por tijeras de podar, en los ligustros de delimitación con el exterior, por el que podía deslizarse un cuerpo humano. Y la lista de ejemplos seguía.

Durante el resto del día Matías apenas prestó atención a los temas de su oficina. Se la pasó llamando a vecinos, recabando mayor información sobre las denuncias. Cada nuevo interlocutor ampliaba el espectro de riesgos y agregaba precisiones acerca del escandaloso estado de indefensión en el que se encontraban. En teoría, vivían protegidos por un sistema que a cambio de un costo fijo bastante alto les proporcionaba las garantías de seguridad necesarias. Y sin embargo, el bien prometido era escaso o nulo. Los alambres tejidos que delimitaban el perímetro estaban cortados en su mayor parte (algunos habitantes de las villas miseria linderas los usaban para armar gallineros); los recortes de ligustro se multiplicaban, lo que parecía indicar que los visitantes furtivos elegían a gusto las zonas de ingreso y egreso; Arias (el de *Ramo de Gloria*) había llevado a un especialista a la cabina de control, y el especialista, tras revisar todos los sistemas de vigilancia por barrido de cámaras, había descubierto que, aun cuando funcionaban con tecnología de última generación, el mapa general de supervisión de los perímetros interiores y exteriores del barrio estaba diseñado de manera imperfecta: el ángulo de giro de las cámaras no abarcaba determinados sectores. De manera hipotética, entonces, era posible afirmar que esas fallencias habilitaban a que un eventual intruso ingresara al barrio, e incluso recorriera buena parte de éste sin ser detectado.

A Matías esas versiones lo afectaron más que al resto de los propietarios. Para él no se trataba sólo del riesgo de robo, sino de que se pusiera en peligro la vida misma de los habitantes. Josefina y él habían dejado la zona céntrica en busca de una existencia distinta, más cómoda y agradable, ligada al disfrute de la naturaleza y con mayores estándares de seguridad, y de golpe descubrían que, en el lugar elegido por la calidad de sus condiciones, éstas fallaban de manera flagrante.

Para ponerlo en otras palabras: el accidente que afectó a Josefina y por el que perdieron a Ariel había sido detectado de casualidad. Nadie la había observado sangrar desde los monitores, nadie le había dado aviso al guardia de ronda. Éste se había dado cuenta solo. Y si el guardia no hubiese estado allí —y podía haber estado en otra parte, o haberse distraído justo en ese

momento—, el sangrado habría continuado sin que Josefina lo advirtiese, por centenares de metros más, y Josefina habría terminado desmayándose en un rincón cualquiera, detrás de las caballerizas o contra un paredón de los vestuarios, sin que nadie la viera, sin que nadie se percatara de su agonía, sin que nadie impidiera que muriese sola.

En cambio, era imposible imaginar que algo similar pudiese haber ocurrido de quedarse ellos en Recoleta. En esa situación, si Josefina hubiera salido a dar una vuelta aeróbica por Plaza Francia o por los bosques de Palermo, a los pocos segundos alguien se habría dado cuenta del inconveniente. Y en ese caso, incluso, tal vez hubieran podido salvar a Ariel.

Como la noticia de la pérdida del embarazo de Josefina se había difundido por el barrio, a todo el mundo le pareció natural el hecho de que fuese Matías quien liderara los reclamos: nadie más idóneo para cuidar de las vidas propias y ajenas que aquel que acaba de sentir en carne propia, en su propia familia, la fragilidad del existir.

Gracias a sus esfuerzos, se consiguió que el gerente operativo de la empresa de vigilancia privada, un coronel retirado de apellido Ordóñez, se acercara a debatir los temas de seguridad.

La reunión fue un domingo lluvioso por la tarde, en el *playroom* del *club house*. Previo al encuentro, existía un cierto ambiente de tensión generalizado: la conciencia que imperaba en los vecinos respecto de la necesidad de hacer valer sus derechos chocaba con la fama que cargaba Ordóñez, de hombre de pocas pulgas, aunque duro y experimentado en la lucha contra el delito, y conocedor de técnicas de contrainsurgencia aprendidas en la Escuela de las Américas.

Mientras esperaban su llegada, mientras se distribuían las tazas de té y los pocillos de café, alguien, para hacer tiempo, manifestó ciertas dudas acerca de la entidad de las fallas. Tenía entendido que el sistema de monitoreo instalado por Ordóñez estaba calcado del que utilizara la Embajada estadounidense en Saigón, durante la guerra de Vietnam. Si la mayor potencia del mundo lo había evaluado como confiable para luchar contra los comunistas del Vietcong, ¿por qué no les serviría a los vecinos del barrio para prevenir el accionar delictivo de algunos delincuentes de la villa vecina?

El comentario generó reacciones adversas. Para algunos, la culpa no debía ser del sistema mismo, sino la mano de obra local que lo había instalado. Para otros, el problema radicaba en la elección del modelo, empleado en funciones disímiles de aquellas para las cuales había sido concebido: una embajada de un país en guerra ocupa un espacio relativamente reducido donde trabaja personal altamente concentrado y poderosamente armado para repeler agresiones de gran magnitud. En cambio, un barrio vigilado se construye en un espacio extremadamente amplio, parte de su valor inmobiliario y estético lo constituye el hecho de que el lugar posee una baja densidad de población (lo que le otorga su carácter residencial), y el supuesto supremo que rige la formación y agrupamiento de ese espacio es la calidad de vida superior, que guardias armados (ajenos a esa comunidad por educación, ingresos, y, hasta podría decirse, por raza y nacionalidad), deben proteger...

Ordóñez ingresó al *playroom* con veinte minutos de retraso, pero apenas pidió disculpas por la demora. Era evidente que pretendía dejar asentado que no era la clase de persona afecta a perder el tiempo en palabrerías. Apenas tomó asiento, comunicó a los presentes que había cursado sus reclamos, impartiendo expresas instrucciones al personal para que intensificara y mejorara las rutinas de control. Lo dicho parecía dar por concluido el encuentro, o reducirlo a un mero acto informativo.

Matías, que por su experiencia en negociaciones empresarias conocía la importancia de comenzar una discusión eligiendo de antemano la posición a ocupar, comprendió que Ordóñez había optado por mostrarse en ejercicio del mando, dominando la escena —era lo obvio, tratándose de un ex militar—.

A cambio de complicarse en una discusión estéril acerca del poder (ellos eran los contratantes y él un prestador de servicios), empezó diciendo que hablaba en nombre de todos los vecinos al

agradecer la celeridad con la que la empresa contratada en general y Ordóñez en particular habían decidido ocuparse del tema; luego omitió preguntar en qué consistían exactamente las instrucciones al personal —sabía que Ordóñez esperaba ese pedido para liquidar el asunto despachando una serie de precisiones técnicas que nadie comprendería ni podría rebatir—, y se ocupó en cambio de retrotraerlo a la cuestión que originaba el encuentro.

Todos los vecinos del barrio sabían, dijo, que estaban rodeados de un cinturón de villas miseria, guaridas de ladrones, rateros, cartoneros, drogadictos, asesinos, piqueteros, barrabravas, punteros políticos peronistas y narcotraficantes. En ese sentido, era claro que ni Ordóñez ni Segurcop podían obrar milagros. El país era un desastre y los motivos de esa catástrofe excedían las capacidades de decisión y resolución de los participantes del encuentro. En términos generales, sólo podían lamentarse por no haber nacido en otra parte, en alguna zona del mundo más civilizada. Pero como con buenos deseos no se hacía nada, y estaban viviendo donde vivían, y porque las condiciones generales empeoraban a cada segundo era que ellos solicitaban una revisión de las metodologías que la empresa aplicaba para el cuidado de los residentes del barrio.

Por supuesto, Ordóñez apenas pudo ocultar una sonrisa de desprecio ante esas demandas de aficionado. Matías, que sabía que Ordóñez reaccionaría de esa forma, no se mostró preocupado: había obrado así, yendo de lo general a lo particular, para llevarlo al terreno de la gestión y no del enfrentamiento. Después de su exhibición de buenas maneras, el militar retirado tendría que hacer un esfuerzo para estar en consonancia, por lo que perdería su ventaja.

Y eso fue lo que ocurrió: sin esperar la respuesta de su contendiente, Matías la dio por formulada tácitamente, y entonces empezó de veras el encuentro.

—En este barrio —dijo Matías— nadie ignora que si un asaltante, un asesino o un simple curioso se cuele entre los ligustros y por casualidad pasa sin ser detectado por las cámaras de seguridad que cubren una determinada área, su imagen será capturada por una segunda cámara, o por una tercera, o una cuarta. En ese sentido, todos sabemos que la detección visual terminará sucediendo a la corta o a la larga. El predio está cubierto de cámaras, recorrido por las cámaras. Pero existe un problema, un segundo problema, y es el del control... Un guardia puede estar una hora, dos horas mirando los monitores, pero es un ser humano como nosotros y al rato de mirar siente la necesidad de distraerse y entonces se prepara un mate o va al baño. En ese caso, si el guardia dejó momentáneamente su puesto, y aun siendo detectado por las cámaras, el intruso puede continuar su ruta y entrar en una casa, robar todo lo valioso y llevárselo. O puede entrar, asesinar al dueño y a sus hijos, violar a la mujer.

Matías calló. Había dado cuenta del espectro de temores de sus vecinos.

Era el turno de Ordóñez:

—Para tranquilidad de todos, di instrucciones de duplicar el personal activo en la sala de monitoreo...

—¿Esto supone un incremento en la cuota del servicio? —quiso saber Unquillo, propietario de

Sunset Place.

—No es el momento de discutir de dinero cuando estamos hablando de proteger sus vidas —aprovechó Ordóñez—. Hemos planificado la puesta en marcha de un sistema de control cruzado: con dos vigilantes por turno ante cada panel de monitores. Así, si un vigilante parpadea o siente la necesidad de ir al baño, el otro queda cubriendo el puesto y observando lo que aparece en la pantalla. Y de noche, en vez de dos vigilantes va a haber cuatro, de manera que si uno de ellos se duerme o sale a fumarse un cigarrillo y a mirar la noche, eso no perjudique la guardia. Con estas medidas, puedo asegurar que el perímetro del barrio va a quedar completamente protegido.

—¿Pero los costos del...? —insistió Unquillo.

—Insignificantes. Y Segurcop los absorbe —dijo Ordóñez.

—Gracias, pero mire, Ordóñez... —empezó el doctor Capandeguy, de la comisión directiva y propietario de *Orange Bowl*.

—Coronel —lo interrumpió Ordóñez—. Prefiero que me diga coronel Ordóñez.

—Cómo no, coronel. Pero la duda sigue. Los vecinos tienen miedo y se preguntan por la gente que los cuida.

—No entiendo la naturaleza de su pregunta —dijo Ordóñez.

—Uno contrata una empresa y cree que todo está resuelto —dijo Capandeguy—. Pero en realidad, apenas uno se interroga al respecto, empiezan los temores. Después de todo, ¿qué son los guardias? ¿Quiénes hacen ese trabajo? Muchas veces se trata de policías retirados, o peor que eso, gente de escasa instrucción y poca vocación de servicio. Usted habrá escuchado lo que se comenta: que los guardias de algunos barrios, cuando termina su turno, salen a emborracharse por ahí, al costado de la ruta, y después andan por la Panamericana levantando prostitutas, disparando tiros a los carteles de señalización o a los pechos de siliconas de los travestis... ¿Podemos confiar en que gente como esa nos va a cuidar como corresponde?

—Yo no sé qué clase de gente manejan otras agencias de seguridad —dijo Ordóñez—. Pero los míos forman un cuerpo altamente especializado. Hablando mal y pronto, no son negros de mierda que junté con pala en la provincia: son gente de familia, católicos apostólicos romanos, como ustedes y como yo.

Matías dijo suavemente:

—Creo que la selección de personal no es un problema. Yo por lo menos sólo tengo palabras de gratitud por su comportamiento... —todos entendieron que se refería al desgraciado episodio de su mujer.

—¿Y el infrarrojo? —dijo el escribano Malvarez, de *Garden Palace*—. Mi mujer leyó en una revista que en algunos barrios vigilados de Francia instalan aparatos de rayos infrarrojos a centímetros del nivel del suelo. Es como el sistema de alarmas hogareñas, pero para el exterior. Si alguien cruza la línea de los rayos, suena la alarma.

Ordóñez habló como si se dirigiera a criaturas:

—Ese sistema fue diseñado específicamente para las bóvedas de los bancos. El problema que tiene es que es muy celoso y se dispara ante el paso de un cuerpo pesado tanto como de uno liviano. Supongamos que una comadreja o una rata atraviesan el campo de golf. Al cruzar un haz de luz infrarroja, suena la alarma en el centro de monitoreo. Si el sistema es sofisticado, la alarma denuncia el lugar donde fue detectado el movimiento del intruso. Pero imaginemos que un gato detecta a la rata y sale a correrla. La rata ve al gato y corre. Seguro que algún perro ve correr al gato y se larga también, porque para un perro no hay nada más lindo que ir detrás de un gato. Resultado: un montón de animales corriendo por todo el perímetro y disparando las alarmas que suenan en el centro de monitoreo. Tendríamos todas las noches a los guardias activando y desactivando el sistema por culpa de las falsas alarmas. Un caos. Llegaría el momento en que, por saturación e ineficiencia, el sistema debería ser desactivado. ¿Y si justo ahí un intruso, un verdadero intruso entra al predio...?

—Sería como el cuento del pastor y el lobo —razonó Casabella, de *Marbella*.

—¿Hay ratas en este barrio? —se preocupó la esposa del ingeniero Márquez, de *Alcatraz*.

—No va a haber... —dijo el peletero Pardo, de *Mahui Mahui*—. Si estamos al lado de un basural...

—¿Qué basural?

—La villa. Juntan basura. No tienen cloacas. Viven en la mugre. ¿Qué va a haber? Ratas. Grandes como lechones —dijo Pardo, resignado.

—Si el infrarrojo no sirve, ¿no podríamos instalar un sistema de monitoreo central para vigilar el interior de cada una de las casas? —dijo el ingeniero Benavides, de *St. Moritz*—. Así, si un ladrón llega a entrar a una casa...

—Teóricamente es posible —dijo Ordóñez—, aunque tendría costos muy elevados. Pero, ¿y la intimidad? ¿Cómo se sentiría usted sabiendo que a toda hora hay alguien que mira lo que hace dentro de su casa? —nadie contestó; todos se imaginaban situaciones en las que no les gustaría ser vistos, y al mismo tiempo trataban de imaginar cuáles serían las circunstancias en que sus vecinos de asientos preferirían no ser observados en modo alguno.

—Según estadísticas —siguió Ordóñez—, el ochenta y tres por ciento de los robos ocurren de día, mientras el hombre de la casa está trabajando. La mayor parte de los ladrones son pobres infelices, descuidistas, rateritos. Ven el agujero y entran. Yo les aconsejo que confíen en Segurcop, y si quieren dormir más tranquilos de noche, en vez de poner alarmas domésticas cómprense una pistola, no una nueve milímetros que, con perdón de las damas presentes, es una poronguita que no asusta a nadie, sino una treinta y ocho, una cuarenta y cinco. Un arma importante. Si alguien quiere comprarla y no sabe dónde, me pega un llamado y se la consigo yo. Limpia, sin declarar.

A Matías el encuentro con Ordóñez le resultó satisfactorio. Como los demás, simplemente había esperado que un profesional de la seguridad le probara que sus inquietudes tenían solución y que sus requerimientos iban a ser atendidos. En ese sentido, la habilidad de Ordóñez para responder a las demandas y superar la crisis de confianza resultaba una garantía de idoneidad. Lo que no impedía que en lo sucesivo pudiesen existir fallas, agujeros negros en el sistema.

En cualquier caso, como una desgracia, un suceso inesperado y tremendo podía suceder en cualquier parte y a cualquier hora, le pareció razonable no limitarse a las medidas estándares que proponía Ordóñez, y siendo enemigo de guardar armas en una casa con chicos, decidió incorporar otros recursos de seguridad. Su propósito era protegerse y proteger a los suyos, no de algún hecho violento que pudiera generarse desde el exterior, y del cual, en el fondo, se creía a cubierto, sino de eventualidades como aquella que se había desplomado sobre Josefina, y que seguían afectando la vida familiar.

Por supuesto, un aborto espontáneo es imprevisible, pero existía una terrible cantidad de alternativas de catástrofe que su mente ni siquiera podía considerar, y cuya condición probabilística perturbaba la serenidad de ánimo con la que debía afrontar cada una de sus jornadas de trabajo.

Por las mañanas, apenas se alzaban las barreras del portón de salida del barrio para dar paso a su coche, ya se sentía intranquilo. En la oficina, apenas dejaba su portafolio sobre el escritorio ya estaba llamando a su esposa para avisar que había llegado bien. Y después, cada hora, hora y media, se sentía obligado a hablar con las empleadas domésticas para comprobar la marcha de las cosas de la casa —y eso incluía desde el transporte escolar de sus hijos hasta el pago de los impuestos, pasando por la limpieza, las compras y la preparación de los alimentos.

Se ocupaba de estos asuntos sin preguntarse siquiera si debía mantenerlos dentro de la órbita de sus atribuciones o si al hacerlo no le quitaba a Josefina la posibilidad de hacerlo ella misma, sustrayéndose así al dolor durante un rato. Algunos conocidos quizá podrían opinar que la estaba ahogando con su exceso de protección, pero para ambos estaba claro que procedía de esa manera por puro desborde amoroso. Nunca hasta entonces, hasta el momento de sufrir la pérdida de Ariel, se había dado cuenta de que la amaba tanto. Josefina era su piedra preciosa, el talismán de su vida; y parecía injusto pensarlo así (ni siquiera se atrevía a decirlo), porque también estaban sus padres, y sus amigos y compañeros de colegio y de club, y sus hijos. Pero hasta los hijos podían verse, en el fondo, como proyecciones, facetas brillantes del esplendor original.

Después de la pérdida de Ariel, él había llenado su escritorio con portarretratos que exhibían las fotos de Josefina, Rocío, Facundo y Juan Manuel: en el parque de la casa, saltando a la pileta, comiendo un asado, viendo televisión. Era un recurso que utilizaban todos los ejecutivos y gerentes de su empresa como medio de brindar a clientes y visitantes una imagen de calidez, de

lisa y llana humanidad: el hombre que tiene familia se vuelve confiable y sedentario, no cambia de trabajo como los solteros. Como la familia es una carga irrenunciable, el ejecutivo estará siempre firme en su lugar.

Sin embargo, a Matías aquellos testimonios fijos de la perennidad de lo cotidiano no le bastaban para atenuar la inquietud por no saber a cada momento qué era lo que ocurría dentro de su casa. Si quería, podía volverse insistente y multiplicar los llamados. Pero, ¿y si entre uno y otro pasaba una desgracia? En ese caso, ¿quién le avisaría? Así había sucedido con el aborto espontáneo de Josefina. ¿Cuánto había tardado en enterarse? Todo había pasado en su ausencia, sin su intervención. ¿Y si, por pensar en lo impensado, un grupo de secuestradores invadía su casa? Mientras el líder de la banda no entrara en contacto para fijar el rescate de su familia, él permanecería ajeno a los hechos. Aun más. Podía llamar diez veces, veinte veces, y si el encapuchado encañonaba a la cocinera, a la niñera, o a la mucama y las obligaba a atender el teléfono y a decir las mismas frases de siempre (“Sí, sí, señor. La señora está durmiendo. Sí, señor, todo como siempre. Sí, sí, señor. Está todo bien”), él no tendría ninguna posibilidad de saber lo que estaba ocurriendo en su propio hogar.

La idea acerca de lo que debía hacer para mejorar los estándares de seguridad hogareños se la dio una anécdota que circulaba como ejemplo de comportamiento inapropiado. Según fueran las versiones, cambiaban los nombres de los protagonistas. El elemento fijo era que se trataba de una pareja de vecinos perteneciente al circuito de barrios vigilados. Y la historia se contaba así:

Luego de algunos años de infelicidad compartida, el matrimonio en segundas nupcias constituido por el financista R. y su esposa L. había decidido iniciar los trámites de divorcio. La separación resultó conflictiva y las partes se disputaban una sustancial cantidad de bienes, pero básicamente litigaban por la patria potestad de los hijos y por la propiedad de la mansión del barrio vigilado (seis mil metros cuadrados de terreno, mil construidos). Legalmente, el tema ofrecía sus complicaciones porque R. tenía cuentas en distintos paraísos fiscales del extranjero, una contabilidad en negro que acusaba sumas muy superiores a las declaradas al fisco, y porque aseguraba poseer una serie de cartas y de fotos comprometedoras de su ex —una mujer bastante más joven que él—, las que, según amenazaba a los abogados de L., usaría en los tribunales como prueba de que ella lo había estafado y le había sido infiel de manera grosera y repetida —portándose como una prostituta, les gritaba por teléfono—, elementos que aseguraba le bastarían para quitarle la tenencia de los hijos y dejarla en la calle sin una moneda.

Iniciado el litigio, y como ni R. ni L. habían querido desocupar el domicilio conyugal y los episodios de violencia se repetían en presencia de sus vástagos, el juez decidió una salvaguarda de menores, por la cual las partes debían atenerse a un régimen de patria potestad compartida; esto es, que la madre viviría en el domicilio legal y junto a los niños desde el lunes por la mañana hasta el viernes al atardecer, y debería abandonarlo durante el fin de semana, siendo

sustituida por el ex marido desde el viernes por la noche y hasta el lunes por la madrugada, y así sucesivamente.

Durante un tiempo el acuerdo funcionó. Como el juez había decidido también que los ingresos y egresos de las partes en sus “cambios de guardia” se verificasen en presencia de terceros — personal doméstico, parientes cercanos y lejanos, acompañantes terapéuticos, psicopedagogos—, en esos momentos R. y L. apenas si tenían oportunidad de cruzar alguna frase sarcástica, insulto o palabra subida de tono. Pero al cabo de unas semanas de relativa tranquilidad, y cuando la cuestión parecía encaminarse a una resolución pacífica y razonable, R. se exasperó de nuevo. Según decía a propios y ajenos, todos los viernes al atardecer, cuando ingresaba al domicilio compartido, encontraba signos que testimoniaban que durante sus ausencias L. había recibido visitas. Visitas masculinas. En presencia de los niños.

A decir de R., lo primero que hizo al encontrarse con esas evidencias fue interrogar a los integrantes del personal doméstico, pero a su juicio éstos habían llegado a alguna clase de acuerdo económico con L., porque callaban o alegaban no haber visto nada. R. interrogó entonces a sus conocidos y vecinos, que preferían mantenerse en un silencio incómodo o contestaban con medias palabras. Curiosamente, en estas indagaciones R. era alentado por su anterior esposa, quien aseguraba que conocidos en común la tenían al tanto no sólo de que semana a semana L. hacía desfilar por la casa compartida toda clase de sujetos poco recomendables de sexo masculino, sino que había mantenido ese comportamiento ofensivo prácticamente desde el inicio del matrimonio que acababa de concluir.

—Siempre te gustaron las putas —le recordaba cariñosamente cuando R. la visitaba en busca de informaciones.

Convencido de que debía instrumentar algún recurso que preservara la moral de su hogar y la salud mental de sus hijos, y hasta tanto el juez dictara nuevas medidas cautelares, R. instaló un sofisticado sistema de cámaras de vigilancia que abarcaba prácticamente todos los rincones de la mansión. La cámara más poderosa, aquella que teóricamente permitía estudiar en planos infinitesimales el ojo facetado de una mosca, la instaló en el cuarto: apuntaba directo a la cama matrimonial.

Naturalmente, cuando Matías consideró la conveniencia de instalar en su casa un sistema semejante, ni siquiera se le pasó por la cabeza emplearla para vigilar la conducta de nadie. Pero cuando se lo comentó a Julián, su amigo observó que las cámaras cercenarían ciertos márgenes de libertad y de privacidad. Si instalaba el sistema de monitoreo en la computadora de su oficina, le sería posible controlar al personal doméstico, y también observar a Josefina cuando entraba en el baño y contabilizar el tiempo que dedicaba a sus rutinas higiénicas.

—No lo hagas —le aconsejó—. Vas a convertirte en espía de tu propia familia.

Matías entendió que, al emplear la palabra “espía”, su amigo no pretendía acusarlo de nada

sino que aludía a las derivaciones de la historia entre R. y L., un desenlace muy distinto del que había imaginado el financista cuando procedió a la instalación del sistema.

Porque al principio, impresionada por la demostración de poder que había realizado R., apabullada por esa grosera exhibición de un violento deseo de intimidarla, L. no supo qué hacer. Ni siquiera se le ocurrió interponer otro recurso de amparo.

Luego, con el paso de los días, no es que se olvidó de las cámaras, sino que fue acostumbrándose a su presencia. Y les perdió definitivamente el miedo cuando comprendió que si su ex había armado todo ese dispositivo para vigilarla, era obvio que ya no tenía el control de la situación.

De inmediato, planificó su revancha: durante los días en que le tocaba vivir en la casa, L. organizaba visitas guiadas. El recorrido empezaba por el hall de entrada y tenía su altar y su centro en el cuarto matrimonial. Allí, envuelta en una robe de chambre que había sido de R. — seda estampada con tigre chinesco alzándose de la fronda para capturar a un venado de ensueño —, servía el té a los visitantes sin cuidarse de que alguna que otra gota se derramara sobre las sábanas, contaba anécdotas que dejaban mal parado a su ex marido, pedía a sus huéspedes — vecinas y vecinos del barrio, amigos, conocidos y desconocidos— que alzaran las manos y las agitaran en dirección a las cámaras, que saludaran a ese idiota que debía de estar mirándolos.

A su manera, Matías se percató de que Julián había querido señalarle la diferencia que siempre existe entre la intención con que se realiza algo y el resultado que al cabo se obtiene (algunos gurúes del marketing llaman a esta diferencia “el principio de inexactitud”); sin embargo, como le preocupaban menos los rumores y las burlas de los propios y ajenos que la seguridad de su familia, decidió concretar el plan de instalación.

De todos modos, antes de tomar la decisión final lo consultó con Josefina, que no opuso reparo. Desde la muerte de Ariel, Josefina casi no opinaba de nada.

Las cámaras fueron dispuestas utilizando un criterio de cobertura amplio. En el baño, por ejemplo, el foco no se dirigía a la detección de un cuerpo en posición vertical, sino a una zona determinada por el ventanuco de ventilación enrejado, la parte baja de la bañera y el piso. Así, Matías se vería impedido de observar a su mujer y a sus hijos cuando se duchaban, hacían sus necesidades o se arreglaban frente al espejo, pero sí estaría al tanto de la eventual invasión de un intruso o de un accidente doméstico, del golpe o el desmayo, del resbalón o la caída, del desplomarse de la carne de su carne dentro de ese u otro ámbito de la casa.

Tal como previera Julián, existió una cierta diferencia entre el propósito inicial y la práctica derivada de este propósito. Durante los primeros días Matías mantuvo ciertas reservas a la hora de acceder al sistema de vigilancia hogareña desde la computadora de su oficina. Sobre todo lo hacía para practicar los rudimentos del manejo. Una vez ingresada la clave, en cuestión de segundos aparecía el logotipo del producto, un ojo que aumentaba de tamaño con cada parpadeo hasta que su pupila ocupaba todo el plano; luego, el negro se desvanecía y la pantalla de la computadora se dividía en cuatro cuadros que mostraban el baño, el living, el cuarto matrimonial y el hall de entrada y la puerta principal. Si Matías quería acceder a una visualización completa del campo que cubrían las cámaras, bastaba que oprimiera una tecla y entonces la pantalla se dividía en dieciséis cuadros, cada uno de los cuales, a su vez, podía ser ampliado hasta cubrir la pantalla.

Y lo mismo ocurría con cada detalle que apareciera en cada uno de los cuadros. Ubicando el cursor sobre la zona a investigar, el usuario podía pasar de la observación general de un ambiente al estudio de la distribución de los montículos de ceniza fría dentro del cenicero ubicado en el rincón del cuarto más alejado de la lente.

Así es que, en esos primeros días, entre su impericia y su temor de ser sorprendido, Matías apenas ocupaba unos minutos en esas operaciones. Pero al mes, mes y medio, cuando se volvió ducho en el manejo del sistema, comenzó a dedicarle cada vez más tiempo. No se trataba de que existiera una necesidad de carácter objetivo; por fortuna las actividades hogareñas transcurrían normalmente. Pero el modo y las circunstancias en que se produjera el accidente de Josefina habían moldeado su ánimo de tal manera que ahora se veía obligado a plantarse durante horas

frente la pantalla, por miedo a que alguna catástrofe se precipitara sobre su núcleo familiar apenas él apagara la computadora.

No es inusual esta clase de comportamiento: hay quienes en los viajes de larga duración no descansan ni por un segundo, temiendo que en el instante fatal en que se distraen, cierran los ojos o se entregan al sueño, el tren descarrile, el ómnibus caiga por un precipicio o el avión se estrelle contra una montaña. Esa creencia ilógica convierte al que la padece en garantía de subsistencia de un equilibrio de las cosas, incluso del orden cósmico. En su escala, Matías tenía la impresión de que el panorama sereno que observaba en su casa era consecuencia de su atención constante, por lo que le resultaba muy difícil apartarse siquiera durante algunos segundos para atender otras cuestiones.

Es obvio que, en esas condiciones, su nivel de prestación laboral siguió resintiéndose. Se lo veía nervioso, alterado.

Conocedores del desgraciado episodio que había afectado a Josefina, los compañeros de trabajo daban por hecho que aún padecía sus consecuencias anímicas y, entretanto, esperaban pacientes a que el paso del tiempo atenuara la memoria y repercusiones de aquel suceso. Ignoraban que, en realidad, para Matías lo terrible no era ya sólo lo ocurrido, sino, sobre todo, su sensación creciente de que en él recaía la responsabilidad de impedir las tragedias del futuro.

A pesar del estado de crispación en que vivía, a pesar de los remordimientos que padecía por no poder dedicar una atención perfecta —un punto perfecto de alerta y disuasión— a las escenas hogareñas que se sucedían ante su mirada, lo inesperado, bajo la forma de una nueva desgracia, esta vez más acabada y aniquilatoria, no sucedió.

En algún momento, Matías pudo aceptar que la intensidad desmedida de aquellos días no modificaba en nada lo que ocurría en la zona de observación. Curiosamente, esa entrada en razones le permitió detenerse a observar mejor. Mientras estuvo dominado por el miedo no había podido prestar la debida atención a los acontecimientos que registraba la pantalla. Pero como en el presente cada cosa volvía a adquirir sus proporciones, él pudo empezar a concentrarse en los detalles ordinarios, y al hacerlo descubrió que, apenas mirado, cada elemento encajaba en una fórmula de sentido y cada pequeño acontecimiento giraba en su propia órbita: tanto las actividades cotidianas —limpieza de la casa, entrada y salida de los niños, ingresos y egresos de los proveedores—, como el comportamiento de Josefina.

En relación a su esposa, los médicos le habían informado que la aparente indiferencia e insensibilidad que mostraba debían entenderse como manifestaciones de un estado de conmoción profunda. Algunas mujeres se pasaban meses y años llorando y gritando; otras entraban en una especie de período de hibernación...

Eso lo había sorprendido: que un estado de alteración extrema se manifestara mediante signos mínimos enrarecía su modo habitual de percibir las cosas. Si todo hallaba justificación en su opuesto... ya no sabía qué pensar. Él era uno entre cuatro hermanos y en su juventud la madre había perdido tres embarazos y eso no le había quitado la alegría ni las ganas de vivir. Quizá —era un poco cruel pensarlo— Josefina exageraba el dolor que sentía y no le ponía límites porque así había encontrado la manera de librarse de toda responsabilidad dejando todo en sus manos. Sí, era cruel; era como sospechar de la sinceridad del sufrimiento de su esposa.

En definitiva, era serle desleal.

Al sorprenderse a sí mismo concibiendo un pensamiento innoble, Matías lo dejó caer de inmediato; lo que no hizo fue dejar de pensar en Josefina. La contemplaba día a día, hora a hora, desde la computadora. Debido a algún extraño principio óptico, las cámaras de seguridad y vigilancia que entonces se habían distribuido en el país sólo registraban las imágenes en blanco y negro y las reproducían con píxeles de baja definición, por lo que al entrar en foco, la figura de su mujer (o de cualquier otra persona), carecía del volumen y la densidad “corpórea” que suelen exhibir las de aquellos que son reproducidos a todo color. En ese sentido, era claro que aunque la memoria de Matías completaba de inmediato lo faltante, sus adiciones automáticas no evitaban que lo que veía le pareciera menos un dato de la realidad que una manifestación del soñar despierto.

A veces, incluso, en un parpadeo, Josefina había salido de cuadro para reaparecer segundos más tarde en otro: la pantalla quedaba vacía pero él continuaba percibiéndola durante esos instantes de desaparición.

Desde luego, Matías sabía que su mujer no era una figura ilusoria; estaba seguro de que si en un ataque de ira destruía su computadora a martillazos, Josefina seguiría existiendo, tanto para el mundo como para él.

Muy pronto Matías descubrió que la tranquilidad tan ansiada huía al tiempo que la buscaba y por efecto del mismo recurso que había encontrado para alcanzarla. También advirtió, de manera paralela y aun más inquietante, que las garantías que justificaron la adquisición del sistema de vigilancia tampoco eran tales: la modalidad de registro de hechos que brindaban las cámaras no ofrecía particulares ventajas respecto de fuentes de información más tradicionales. Si Josefina caía, se desmayaba o moría en el interior de la casa, su demora en enterarse podía medirse en segundos, hasta que sonara el directo de su oficina o su teléfono celular, trayéndole la voz alterada de alguna mucama. Las ventajas de la mayor inmediatez, propias de lo visual, apenas compensaban las inexactitudes o ambigüedades del medio.

Plana, en blanco y negro, en ocasiones fuera de foco, con las proporciones distorsionadas por la posición cenital de las cámaras, la Josefina que veía mañana y tarde se iba convirtiendo en una versión animada y diferente de la que él volvía a ver cada noche. Era como si ambas existieran en distintas dimensiones. Estaba casado con una, real, pero incapturable y misteriosa, que tendía a desvanecerse por efecto de su propia ausencia, y se relacionaba con otra, hecha de imágenes titilantes y que diariamente se iba solidificando, adquiriendo consistencia, un rango autónomo, cierta categoría ligada al existir.

Era inevitable entonces que la Josefina nocturna, aquella con la que cenaba en silencio, pareciera una evocación pálida de aquella otra con la que no tenía ningún punto de comunicación excepto el visual. Y también lo era que ambas se fusionaran en el sueño, no una apoderándose de la otra, sino las dos convirtiéndose en una tercera, distinta de sus precursoras, una persona, sombra o ente que lo libraba del remordimiento y de la infelicidad.

Desde el comienzo de la adolescencia y durante un largo período de la juventud, Matías y Julián alimentaron la ilusión de que mantenían una amistad perfecta. Esto había sido así, incluso luego de que Matías se casara con Josefina. Aunque a partir de entonces se vieran menos, el vínculo permaneció intacto. Siempre, ante cada circunstancia capaz de generar roces, los dos se habían apurado a obrar en beneficio de la concordia común. Por eso fue que la aparición de una desavenencia los sorprendió a ambos.

La causa del cruce fue, precisamente, la continuación de aquel diálogo en que la palabra “espía” había quedado temblando en el aire. En la siguiente charla telefónica Matías le confió a Julián que, pese a sus prevenciones, había instalado las cámaras de vigilancia en todos los ámbitos de su casa.

Para atenuar el posible matiz de desafío que el amigo pudiera encontrar en su comunicación, Matías había usado un tono de voz deliberadamente suave, que a oídos de Julián sonó casi como una confesión y como una muestra de arrepentimiento. Así, cuando le llegó el momento de hablar, Julián cometió el error de reprocharle lo hecho, pero de inmediato, dándose cuenta de su torpeza, trató de corregirse. Adoptando un tono impersonal, repitió sus argumentos acerca del riesgo de que ese sistema se volviera en contra de su amigo. Dijo que todos los estudios de conducta de usuarios indicaban que las funciones cambian de signo. Por ejemplo: la gente que compra un coche para trasladarse termina trasladándose a cualquier parte para justificar el uso del coche, que se convierte en el verdadero usuario de su poseedor.

Aunque a Matías no le resultó evidente cómo eso podía aplicarse a su caso —¿Las cámaras lo miraban? ¿Él existía para mirarlas?—, le impresionó el esquema de pensamiento utilizado por Julián. La idea de una función invertida tenía su propia magia, parecía una acrobacia intelectual, pero también se mostraba como una acusación. Eso destruyó de inmediato el encanto de la formulación. Matías no pudo menos que preguntarse si Julián pretendía sugerirle que estaba haciendo las cosas al revés y que descuidaba a su familia cuando buscaba protegerla.

Pero si quería decirle algo en particular, ¿por qué en lugar de recurrir a ejemplos traídos de los pelos no le decía directamente lo que pensaba?

Tratando de zanjar la cuestión, recurrió a un argumento que consideraba indiscutible:

—No podés entenderme. No estás casado ni tenés familia.

—No hace falta ser otro para saber cómo es ponerse en su lugar —dijo Julián.

Matías contestó:

—Ponerse en el lugar de alguien no es lo mismo que saber lo que ese alguien está viviendo. No es lo mismo —repitió.

Pero Julián quedó con la última palabra:

—Si sólo pudiéramos hablar de lo que experimentamos en carne propia, prácticamente no

podríamos hablar de nada. O al menos no existiría el diálogo. La distancia respecto de la experiencia también puede ser una ventaja, y nos conocemos hace la suficiente cantidad de años como para que yo me permita decirte que en este caso estás equivocado... Y espero que admitas que, tenga o no razón, lo hago con la mejor de las intenciones. Si me equivoco, sabrás disculparme.

Luego de cortar, Matías pensó en llamar de nuevo a su amigo para dar por concluido el altercado, pero no lo hizo. Su disgusto se lo impedía. Había un malentendido inicial, que debía ser resuelto, y él no tenía ganas de dar el primer paso: Julián no lo trataba así, con esas ínfulas de sabelotodo, porque él hubiera desatendido su consejo, sino porque, habiéndolo escuchado, seguía manteniéndose en la misma posición. Y eso no era justo. En ese punto, Julián se comportaba de manera obtusa y soberbia. Lo injusto... lo injusto no era que su amigo considerara inconveniente la instalación del sistema de seguridad. Lo injusto era que Julián creyera que él había instalado el sistema para convertirse en un espía de su propia familia.

Julián pensaba mal de él.

Pero si pensaba mal de él, se permitía ser condescendiente y darle consejos... ¿En qué quedaba esa amistad de tantos años? ¿Sobre qué bases había sido construida? ¿Sobre el engaño de uno y el desprecio del otro?

Matías entristeció al darse cuenta de que en el corazón y la inteligencia de Julián no había lugar para comprender lo que le sucedía. En eso, no podía ponerse en su lugar. En cambio él sí podía hacerlo. Y al menos obtenía algún consuelo pensando que la posición de su amigo era comprensible. Se trataba de un error justificable: después de todo, Julián no contaba con todos los elementos de juicio como para evaluar la situación: no estaba casado, no tenía familia, no había corrido el riesgo de perder a su esposa ni se le había muerto un hijo.

En el fondo, la opinión de Julián ni siquiera nacía de un error; nacía de la falta de información. ¿Cómo podía estar espiando él a Josefina, si las cámaras ponían en evidencia que su mujer no podía ser controlada?

A través de las cámaras, Josefina se volvía cada vez más extraña. Al mirarla, al verla actuar —envuelta para él en el silencioso y pleno enigma de las cosas—, Matías volvió a sentirse enamorado. Josefina era la mujer de su vida, la única, la que jamás dejaría de amar.

Los hijos del matrimonio habían nacido entre cámaras. Las veían en todos los sectores del barrio vigilado y en las aulas y los patios de sus colegios y jardines de infantes; eran parte de sus paisajes psíquicos y en su presencia se comportaban con perfecta naturalidad. Josefina, en cambio, se mostraba indiferente a su existencia, como si fuesen elementos neutros. En su momento, cuando Matías le dijo que las instalaba para cuidarla, no se opuso ni mostró emoción alguna ante la novedad.

Matías interpretó esa reserva como una señal alentadora. Tras haber pasado meses sustraída a cualquier manifestación de interés humano, Josefina salía de su encierro y empezaba a ocuparse de sus propios asuntos, volvía a su deseo de llevar adelante una vida ejemplar: había decidido dedicarse a la práctica del yoga.

Compró libros, ropas, incienso, almohadones, colchonetas. El yoga, le explicó a Matías, era una vía de purificación del cuerpo para que el alma ascendiera a los niveles supremos del conocimiento y la fusión con la divinidad. En sánscrito, la lengua más antigua del planeta, la palabra yoga se leía como “yug”, y significaba “unión”, “re-ligadura”, es decir, en el fondo, “religión”. Según avanzados maestros espirituales, Jesús había sido un yogui iluminado.

Matías no compartía ni se oponía al reciente interés de su esposa; pero sus cambios lo atraparon. Cada día, desde la pantalla de la computadora de su oficina, contemplaba sus preparativos rituales, el despliegue de sus posturas. Era una rutina hipnótica, un trance erótico prolongado que apenas si se atrevía a quebrar por las noches, cuando la tomaba entre sus brazos y, cada vez más devota y delicadamente, le hacía el amor.

En esos momentos, Josefina parecía a la vez ajena y concentrada en lo que ocurría, como si el sexo funcionara como un condensador de energías que estaban ubicadas en otras coordenadas de tiempo y espacio.

Hojeando uno de los nuevos libros de su mujer, Matías se había enterado de que existía una rama del yoga dedicada exclusivamente al perfeccionamiento de ese asunto. Un dibujo lo impresionó: cada punto de excitación —muslos, vulva, nalgas, pezones— se representaba mediante una lengua de fuego pintada con colores vivos; el color más intenso, rojo sangre, se situaba en el medio de la frente. La conclusión, entonces, era que el erotismo resultaba una cuestión mental. A la fuerte excitación que le provocaba su esposa sumó entonces la curiosidad por observar cómo se correspondían los movimientos y expresiones de Josefina respecto de lo leído. De todos modos, establecer equivalencias o trasposiciones disciplinadas era casi imposible: el sexo era pura fugacidad sin fijaciones, sobre todo cuando se lo hacía a oscuras. Y además, los libros cambiaban. En otra ocasión, se encontró con uno especializado en ejercicios de respiración profunda que Josefina había subrayado en el capítulo dedicado a la irrigación del útero.

El nuevo embarazo duró dos meses. Josefina no corrió peligro de muerte durante los tres días que duró la hemorragia, pero los médicos desaconsejaron otros intentos de concepción, al menos en lo inmediato. Las paredes débiles, la escasa fijación del feto, quizá alguna cuestión endocrinológica u hormonal que debería determinarse mediante estudios especializados.

A Josefina el acontecimiento la devastó de tal manera que ni siquiera mostró reacción a la pérdida. Ya no se levantaba de la cama.

Matías no la dejó sola ni por un instante. Le daba de comer en la boca, con cuchara. La llevaba en brazos hasta el baño, la higienizaba y secaba. A la semana, aconsejado por familiares y vecinos, volvió a la oficina. Permitió que el trabajo lo absorbiera; necesitaba sustraerse a la desesperación. Sin embargo, no dejaba de observar a su mujer a través de la pantalla de su computadora. Ella permanecía quieta por horas, prácticamente no parpadeaba. Sin embargo, notaba la presencia de sus hijos cuando entraban a visitarla al cuarto; se sobresaltaba con los ruidos. Incluso parecía experimentar un pequeño temblor cuando sonaba el teléfono, como si en alguna parte de su ánimo averiado existiera un átomo de voluntad. Eso permitía alentar alguna esperanza.

De hecho, aunque el descenso a ese abismo fue más profundo que durante la primera vez, también resultó más rápido el lapso que Josefina se concedió para su recuperación.

Una noche, de regreso del trabajo, Matías se encontró con que su mujer se había levantado de la cama. Su alegría fue tal que ni se atrevió a manifestarla, por miedo a que cualquier estridencia resquebrajara ese equilibrio. Hablaron de cosas indiferentes, las noticias del día, las novedades del trabajo. Durmieron abrazados.

Por la mañana, Josefina dijo que debían retomar el vínculo con los amigos, salir a comer, ir al cine y al teatro, pensar en vacaciones. Y como primera actividad social y recreativa sugirió que invitaran a cenar a Julián. El encuentro serviría para que Matías y su amigo limaran sus pequeñas asperezas, al mismo tiempo que ella disfrutaría del habitual buen humor y de las bromas del invitado.

Matías, que estaba decidido a no dar el primer paso en la reconciliación, por amor a su esposa aceptó la propuesta.

En la cena, y apenas empezaron con el primer plato, Julián contó que en días próximos su empresa —ligada a explotaciones agrícolas y a productos farmacéuticos— enviaría a un grupo de gerentes y ejecutivos de primera línea a una exploración de nuevos negocios a Japón. Él había sido uno de los elegidos para formar parte de la comitiva. Josefina dijo que era la mejor noticia que había escuchado en mucho tiempo y que tenían que celebrarla.

El encuentro llevaba un curso agradable, que iba disolviendo los resquemores. A Julián, sin embargo, y aunque estaba contento por el viaje, que significaba una promoción en su carrera, el entusiasmo de Josefina le pareció excesivo. Ella, que siempre había sido parca en sus manifestaciones y que con él nunca dejó de mostrarse amarga y reticente, ahora, de pronto,

alzaba el brazo para reclamar un brindis por un acontecimiento que no la tocaba ni de cerca... Era extraño. Observándola al trasluz, a medias refractada por la transparencia del cristal, a medias ensangrentada por el vino, de pronto, sus gestos... su animación... Hacían recordar los movimientos de unas muñecas de porcelana que había visto en una vieja película en blanco y negro.

Permaneció en silencio mientras el personal doméstico renovaba el servicio. Cuando Josefina volvió a brindar por su viaje, Julián echó una mirada fugaz en dirección de Matías y le pareció ver que su amigo hacía un visaje con la cara, algo que parecía un tic pero que era una especie de pedido, más que eso, era un ruego desesperado para que se sumara al clima festivo.

Entonces se puso de pie, alzó su copa y prometió anécdotas y regalos.

El efecto del alcohol disipó pronto el esfuerzo de la representación: la alegría se volvió natural. Mientras observaba alternativamente las expresiones del matrimonio, Julián pensó que tal vez se había engañado al creer que Matías le solicitaba algo; tal vez lo había mirado simplemente para comprobar si él también creía que la conducta eufórica de Josefina probaba que se estaba recuperando.

¿Y por qué no? De los tres, era ella quién más disfrutaba del encuentro.

—Que te haya tocado este viaje me resulta una coincidencia notable —dijo Josefina—. Durante el último año casi no hice otra cosa que leer acerca de la cultura y civilización japonesas.

—¿En serio? —dijo prudentemente Julián.

El comentario lo tomaba de sorpresa. Matías nunca le había dicho que su esposa se dedicara a leer libros de cultura general (como tantos otros hombres, creía que las mujeres sólo leían literatura femenina), y mucho menos algo especializado en temas japoneses. Si así había sido, si efectivamente ella se había apasionado con el asunto, la coincidencia, entonces, existía, y eso explicaba la conducta inesperada de Josefina: el descubrimiento de gustos e intereses compartidos siempre alegra a la gente. Claro que él no estaba interesado en absoluto en las costumbres japonesas en particular, ni en los japoneses en general: él iba adonde lo mandaban quienes pagaban su sueldo. Pero eso no tenía la menor importancia en aquel momento. Y, además, ¿cómo saber si lo que Josefina decía era cierto? En medio de la catástrofe del último año de su vida, lo más probable era que no hubiese encontrado ni los medios ni la voluntad para leer acerca de ningún tema.

Por unos segundos, Julián pensó que la acumulación de sufrimientos había trastornado a la mujer de su amigo, llevándola al punto del desvarío. Pero en ese momento Matías contó:

—Compra libros y libros. Tuve que mandar a hacer otra biblioteca. Después te la muestro.

La voz de Matías parecía albergar los matices de la imploración. Bajo la promesa de exhibir unos estantes inexistentes, creyó Julián, le estaba rogando que admitiera como buena cualquier cosa que se dijera de allí en adelante. Se lo pedía como amigo, como alguien que aún conservaba

una cuota de amor y piedad respecto de la propia esposa. Como alguien que sabía que en algún momento empezarían a tenerle lástima.

Esas creencias, sin embargo, fueron disipándose durante el resto de la velada. Josefina procedió como si de alguna manera hubiese adivinado cuáles eran las dudas de Julián y, con el tono paciente de una profesora, desde que empezaron con los postres y hasta que terminaron con los cafés, dio una verdadera clase sobre la cultura y civilización japonesas.

Para Julián, aquella cena resultó un episodio singular. Menos por lo que Josefina había dicho, que por lo que su actitud le permitió aprender. Observando a la mujer de su amigo, había comprendido el sentido de una frase que leyerá hace mucho tiempo acerca de lo “abstracto del dolor”. En su momento, él la había considerado una estupidez: ¡si el dolor era lo más concreto del mundo! Pero ahora se daba cuenta de su secreta astucia y de su insidioso efecto de verdad: el dolor apartaba a las personas de su ser habitual, las sacaba de sus circunstancias cotidianas y las colocaba en un lugar distinto. Víctimas del dolor, algunos podían derrumbarse, ofrecerse en espectáculo para la piedad ajena, entregarse a la demencia o a la melancolía. Otros podían reaccionar de manera extravagante (perder una pierna y salir a correr maratones), y así sucesivamente. Por lo general, los afectados por el dolor se convertían en otra persona.

Lo admirable del asunto era que Josefina no se había entregado a las tentaciones más comunes, sino que su dolor la había convertido en la mujer que había sido siempre, pero inmensamente mejorada, lo que constituía un milagro muy superior a cualquier otro. En su caso, había pasado de una insignificancia toqueteada por vagas aspiraciones de distinción personal — que Julián siempre había considerado pura cursilería pretenciosa y que había tolerado por la amistad que lo unía a Matías—, a un estado de elevación y nobleza que irradiaba un influjo benéfico a su alrededor. Porque al fin de la cena, cuando ya se estaba levantando de la mesa, anticipando sus palabras de despedida, había sido precisamente eso lo que no pudo dejar de sentir: un bienestar del alma, un acuerdo con las cosas, una comprensión superior, que se expresaba en una especie de apaciguamiento colectivo. Josefina armonizaba todo. Y esa armonía no obraba a la manera de una transferencia espiritual (como suelen operar los santones), sino bajo la forma de una desagregación.

Las palabras de Josefina, que habían sido muy sencillas a causa de su tono y del modo en que las articuló, provocaron en él una especie de higiene mental: le quitaron la armadura de cinismo burlón con la que se había revestido durante largos años y que ahora veía como una cáscara más ostensible y vacía que nunca, porque, días más tarde, separado ya de ésta, podía ver cómo la exhibían, cada uno la suya, sus compañeros del vuelo a Japón. Cómodamente instalado en su asiento de primera clase, Julián los escuchaba celebrar con anticipación las festicholas que armarían durante esos días de viaje; se burlaban del sabor del sake que servían en el avión, de la estatura de las azafatas, de sus ojos rasgados, del pescado crudo distribuido en bandejas de plástico polimerizado que imitaban la porcelana.

Apenas unos días antes, Julián se habría sumado con gusto al humor general de la delegación. Pero ahora sus compañeros le parecían malcriados, gritones, prepotentes, insoportables. No hacía falta más que escucharlos: los avezados informaban a los neófitos acerca del uso del “martillo de plata” (el mecanismo con el cual la empresa recompensaba al personal jerárquico masculino con

vales para una relación sexual gratuita luego de transcurridas cinco jornadas de un viaje). Explicaban las características del consumo —libre—, los límites —nunca más de dos prostitutas simultáneas, escogidas del tarifario promedio de un hotel internacional, y nunca más de una botella de bebida blanca por noche— y comentaban en voz muy baja que, en circunstancias semejantes, algunos accionistas y gerentes abusaban de ciertas sustancias estupefacientes y terminaban pidiendo actrices de televisión, incluso actores y transformistas. Otros, justamente los que con más énfasis se habían negado a admitir los efectos del sake, dialogaban en medio de su bruma alcohólica:

—Acostarse con una japonesa no es lo mismo que con una argentina porque las ponjas la tienen distinta.

—¿Cómo distinta?

—¿No les viste los ojos? Así. Más finita, angostita, y alargada.

—Dejámelas a mí que yo agarro a una y de tanto darle masa le dejo la cajeta redonda como una pelota de fútbol.

—¿Sabían lo que en la Segunda Guerra Mundial les hacían los soldados americanos a las geishas cuando invadieron Japón?

—¡No! ¡¿Qué?!

—Ellas mucha ceremonia del té, vení que te masajeo los pies, salí al balcón que te muestro el árbol de cerezo florecido. Y los yanquis ahí nomás agarraban la tetera y les llenaban el culo de agua hirviendo.

—¡Qué animales! Pegarle a una mujer es una cosa, pero eso...

—Puede ser pero, ¿quién les mandó a los japoneses tirar la bomba atómica en Pearl Harbor?

¿Cómo era posible que semejantes bestias maleducadas viajaran a un país que Josefina pintó como un ideal de civilización?

En aquella cena, entre otras cosas, ella había contado que los japoneses, en un movimiento muy propio de su cultura, a veces parecían sucumbir o ser dominados por la invasión de tecnologías extranjeras; pero ese era un momento aparente. Los japoneses se aprovechaban de la fuerza del adversario y la volvían parte de su propia energía. Ése era su procedimiento favorito: incorporaban lo existente y lo mejoraban muchísimo, hasta demostrar por comparación la tosquedad y el primitivismo del original.

Por supuesto, Josefina había descrito un esquema de funcionamiento que se daba a lo largo de siglos. Julián contaba con la suficiente información como para saber que a su descenso iba a encontrarse con una ciudad moderna, y estaba dispuesto a obrar con el discernimiento suficiente como para descubrir, bajo las apariencias, el verdadero Japón.

Sin embargo, por mucho que estuviera alerta ante la posibilidad de una decepción inmediata (al menos, de acuerdo a los parámetros establecidos por la esposa de su amigo), el encuentro con Tokio directamente lo apabulló. Los carteles de neón, los olores de los restaurantes al aire libre,

las manadas de transeúntes gritando a sus celulares, el ruido de los escapes libres de las motos de alta cilindrada...

De aquello que veía, nada le permitía imaginar que algo de la promesa contenida en el relato de Josefina pudiera sobrevivir bajo otra forma que no fuera la del autoengaño. Debido a su información exclusivamente libresca —en el fondo, no era sino una pobre mujer encerrada, transformada por su desgracia y aferrada a sus ilusiones—, ella no había podido evaluar la prepotencia del mundo, que, invirtiendo el movimiento habitual, se había apoderado de los refinamientos del Japón antiguo y los había convertido en pura vulgaridad. Ubicada inevitablemente en la posición lírica de una belleza que había sido trasmutada por el dolor, no había podido imaginarse ni prever las dimensiones de lo ocurrido. Ni tampoco, por supuesto, deducir una consecuencia de ese trueque de posiciones. Porque, gracias a ese poder de condensación y a esa formidable capacidad mimética de la raza japonesa, en Tokio se había obrado una diferencia. La ciudad era una cosmópolis que anticipaba las potencias de una realidad en permanente empobrecimiento, lo que entre otras cosas permitía entender por qué los compañeros de Julián se encontraban allí incluso más a gusto que en la Argentina: habían arribado a la verdadera patria del futuro.

Como parte de los preparativos para el viaje, el área de comercio exterior de la empresa había proporcionado a la delegación unos impresos que contenían una serie de guías tituladas “Entender la mentalidad nipona”, en las que básicamente se subrayaba las diferencias entre Oriente y Occidente. En su momento, cada uno de los sometidos a ese entrenamiento había concordado con sus compañeros en que esas clases no servían ni para papel higiénico, pero ya en la primera ronda de negociaciones, y tras una visita que duró un día entero a una gigantesca procesadora de productos primarios, aquellos papeles volvieron a aparecer. Mientras fingían prestar o en verdad prestaban atención a los monólogos de sus pares amarillos, los integrantes de la delegación hojeaban aquel material tratando de encontrar la clave que encarrilara el asunto. Desde luego, todos se manejaban perfectamente en inglés, pero más allá de las sonrisas mutuas y las inclinaciones de cabeza, ninguno de los integrantes de la delegación tenía la menor idea acerca de las relaciones que se podían establecer entre el idioma que ellos habían aprendido y la lengua que hablaban los tipos que tenían enfrente. Era distinta la velocidad en la pronunciación, distinto el modo en que articulaban las sílabas, ponían los acentos, armaban las frases y terminaban las oraciones. En esas bocazas las vocales se estiraban y las consonantes se encimaban como balas de ametralladora; encima, escupían a cada palabra pronunciada. La saliva caía en grumos blancos sobre la enorme mesa de vidrio de la sala de reuniones de la Mikado Tokunaga Corp., excepto la de uno de ellos, el más frenético, que se escarbaba la boca con un mondadientes de oro hasta hacerse sangrar las encías, de modo que cuando le tocaba el turno de hablar —y ningún argentino podía adivinar cuándo, cómo y por qué empezaba uno y cuándo, cómo y por qué terminaba cediéndole el turno al otro—, esparcía por la superficie transparente una rápida lluvia de rocío rosado.

Sin embargo, pese a las dificultades, las reuniones continuaban: los japoneses exhibían borradores de contratos que cambiaban continuamente, los mostraban negando con la cabeza, riendo, con sus dedos mochos marcaban algún punto del impreso, golpeteaban las hojas como si estuvieran señalando problemas contractuales y después las rompían alegremente y hacían gestos que parecían indicar que en cualquier momento aquellas formulaciones precarias asumirían el carácter milagroso y definitivo de la perfección legal.

Eran alegaciones maníacas, optimismo de chiflados. Entre los visitantes crecía la certeza de que los anfitriones desplegaban esas pantomimas con el propósito de agotar sus fuerzas y llevarlos a firmar cualquier cosa. De todas maneras, en esos encuentros preliminares, los borradores de contrato sólo contenían declaraciones de intenciones, artículos de buena fe, ni siquiera hacía falta leerlos.

Y entre reunión y reunión, los paseaban. Vistas panorámicas del mar desde lo alto de acantilados, recorridas por pagodas y templos, observaciones silenciosas de jardines que

rasuraban en vivo sacerdotes budistas, visitas a nuevas urbanizaciones, peregrinaciones por montañas sagradas. A los de la delegación, esos eventos culturalmente inobjetables los tenían con las bolas llenas. Ellos querían un poco de la acción prometida: sexo.

Aldonzo —el especialista en *branding*— fue el encargado de explicárselo a Hidehiro, el traductorguía que les asignara la Mikado Tokunaga. Hidehiro aceptó de inmediato, con un entusiasmo sospechoso. Conclusión unánime: el tipo quería tener su ración de carne gratis.

Esa noche, la delegación en pleno bajó al lobby del hotel envuelta en nubes de perfume. De puro entusiasmo, en la camioneta turística entonaban los himnos de sus escuelas y las canciones de guerra de sus clubes de rugby. Atravesaron media ciudad, con rumbo a los suburbios. Acostumbrados a la idea de lo clandestino y de lo pequeño, propia de prostíbulos y cabarets, cuando llegaron a las inmediaciones del antro los desconcertó la cantidad de gente que fluía en la misma dirección.

—¿Estaremos yendo a una orgía colectiva? Capaz nos llevan a un covedódromo —especuló Zaldívar.

A una, todos se imaginaron una especie de estadio. Ellos estaban en el círculo central del campo, desnudos y expuestos a la quemazón de unos focos enormes, sacudiéndose encima de sus putas japonesas mientras la multitud aplaudía desde las tribunas y votaba al fornicador más eficaz.

El lugar era una especie de anfiteatro de madera, con galerías oscuras. Había olor a orín por todos los rincones; en eso sí se parecía a una cancha de fútbol. Los concurrentes extendían bolsas de plástico sobre el césped para impedir el paso de la humedad. Había gente vestida a la occidental, pero sobre todo familias enteras, reunidas alrededor de calentadores con los que hervían jarras de té; los hombres estaban cubiertos de ropas de seda que colgaban de sus cuerpos como si fueran espantapájaros, y las mujeres, con el cutis pintado de blanco laca y los cabellos negros y recogidos, parecían animales quiméricos, cruas de cuervo y cisne. Sobre uno de los lados, donde debían de estar los arcos y sus redes, había una tarima de mediana altura, cubierta por un telón amarillo que se agitaba espasmódicamente, como si atrás, desde las sombras, hubiese una fila de jugadores cabeceando la pelota.

Los habían llevado a ver una función del antiguo teatro de marionetas de Tokio, donde esa noche se representaría un drama de amor y celos, versión de la novela *Tade Kuu Mushi*.

—Hay quien prefiere las ortigas —tradujo libremente Hidehiro, y luego de una pequeña reverencia acotó—, es del sublime Junichiro Tanizaki.

Aunque venía servido para la réplica, ninguno hizo el menor comentario acerca de los orientales, las ortigas y sus posibles usos: era evidente que los de la Mikado Tokunaga les habían tendido la peor de las trampas.

—Ya deben estar preparando el modelo de contrato definitivo —interpretó Pereyra, el gerente de Recursos Operativos.

La función empezó sin aviso. A los costados de la tarima, unos tachos llenos de querosén o de algún otro combustible humeante y fétido despedían una luz temblorosa que apenas llegaba al centro del escenario, donde dos titiriteros de edad avanzada, sentados en cuclillas sobre el escenario, manejaban unos muñecos de tamaño natural. La representación parecía tosca, vista desde la perspectiva de los extranjeros: al disiparse la convención básica, que en Occidente exige el ocultamiento del artificio, lo que quedaba no era más que un par de pobres tipos sacudiendo unos peluches gigantes.

Hidehiro empezó a explicar el argumento, que trataba acerca de una disolución conyugal. Julián escuchaba, menos absorto en el ritmo envolvente del castellano mal hablado que en las imágenes que se sucedían sobre el escenario.

Buscando juntarse, los títeres se separaban; buscando darse un abrazo, se golpeaban contra un fondo de negrura.

Dos gauchos a caballo, vestidos con sus mejores pilchas, van a la capital para cumplir con sus obligaciones electorales. La ciudad parece vacía. El metal de las herraduras repica sobre los adoquines. Llegan ante las puertas de un teatro, entran al paso de sus monturas y suben al escenario. Cada uno cuenta una historia que el otro no entiende o finge que no entiende. En la última fila, sentado en la butaca del medio, está el diablo, que mira y se ríe.

Eso soñó Julián, o algo parecido, hasta que lo despertaron. Se había dormido de pie, con los ojos abiertos. La función había terminado y los titiriteros estaban doblando sus muñecos, los guardaban en una especie de arcones. Hidehiro hizo una seña y la delegación partió.

La camioneta enfiló en dirección de las montañas. Hacía frío, pero nadie se quejaba; se estaban despejando después de soportar el aburrimiento de esa representación. Al rato volvió el buen humor y la curiosidad por saber adonde iban.

Hidehiro dijo:

—Lo neclo.

Debido a su dificultad para pronunciar las ges y las eres, Julián dedujo que el traductor había querido decir “lo negro”. Los demás llegaron a la misma conclusión. ¡Ahora sí que la camioneta se animaba! Atravesaban lo oscuro de la noche para entrarle al negro negrísimo del pubis de las geishas.

Con cierto pesar, Julián comprendió que permanecía ajeno al estado de ánimo reinante. No se trataba de una renuencia súbita a acostarse con una prostituta. Al contrario. En sus viajes siempre visitaba los prostíbulos con el fin de practicar variantes posicionales e incorporar las sutilezas del acervo local, elementos que luego agregaba a las rutinas con sus amigas de Buenos Aires, que, sin estar enteradas del origen de su sapiencia en ese campo, disfrutaban de los resultados.

Pero había además otro motivo para que apreciara el trato con las putas. La certeza de que, puesto en la situación de pagar por sexo, él no representaba más que la cifra estipulada... Eso lo excitaba. No sólo porque estimulaba su sentido mercantil aplicado a las relaciones humanas —veía en tal práctica una demostración de la existencia a escala planetaria de las reglas del intercambio—, sino también porque en el canje de conocimientos que se establecía durante el encuentro con una profesional, Julián se veía impulsado a demostrar que poseía un valor suplementario al dinero que pagaba.

Así, además de absorber todo aquello que su *partenaire* pudiera ofrecerle —y eso casi siempre era poco y miserable, las putas son por lo general avaras con el goce—, Julián se esforzaba por dar más de lo que recibía. En la sucesión de clientes anónimos que marcan y raspan y mojan el cuerpo de las profesionales, él quería volverse singular, el cliente perfecto que imprime un recuerdo sentimental en sus memorias.

En ese sentido, lo meritorio de su actitud no siempre resultaba apreciado. Se enfrentaban dos

lógicas económicas: la suya, propia de un hedonista del erotismo que pensaba aquellos eventos como circunstancias en las que, además del placer corriente, lo que se producía era un traspaso de información que beneficiaba a las partes, y la de la inmensa mayoría de las putas, que se representaban el cruce de sexo y dinero bajo la forma fabril de la producción en serie: los clientes como tornillos en sus tuercas infinitas. Así, pocas habían sido entonces las oportunidades en que de esos encuentros Julián pudo obtener algo parecido a una expresión de sorpresa o de agradecimiento.

De todos modos, insistía. Su sacrificio en pos de iluminar las regiones congeladas del alma de una profesional con el obsequio inesperado de su entusiasmo era, finalmente, la forma que había encontrado de alimentar su propio placer.

Y sin embargo, aquella noche no tenía la menor gana... El motivo por el cual se mantenía al margen de toda expectativa estaba ligado a cierta promesa que no había hecho a Josefina pero que hubiera formulado con todo gusto de haberle sido requerida, y que le impedía entregarse a su conducta habitual. Se trataba, en el fondo, de asumir un comportamiento digno, maduro y grave, en Japón, el territorio que durante aquella cena Josefina había investido de los atributos de lo sagrado.

Por supuesto, hasta el momento Julián no había encontrado nada que estuviera a la altura de lo que Josefina le transmitiera, pero eso no debilitaba su íntima convicción de que no debía profanar los sentimientos de la esposa de Matías mediante un acto que, en la situación en la que se hallaba, y con la compañía con la que contaba, habría adquirido todas las características de una voluntaria degradación de su propia persona.

Debido a ese motivo —pensaba—, más allá del acierto o el error en la descripción del país que había hecho Josefina, incluso más allá de la decepcionante certeza de que todo había sido pura ilusión... En esa circunstancia su abstinencia resultaría, por lo menos, una prueba de amistad.

Y eso era algo para ofrecer a su regreso.

Un quilombo japonés. El lugar parecía pequeño y estaba sucio y mal iluminado, la música era ruidosa y había demasiados clientes y demasiado humo y los almohadones desparramados por el piso habían perdido su color original y buena parte del relleno. Decorativa basura china colgaba de las paredes, cuadros de poliéster. Los integrantes de la delegación gruñían de contento: por fin habían llegado al paraíso.

Hidehiro hablaba a los gritos pero nadie lo escuchaba. Las mujeres simulaban sonreír mostrando los dientes cariados. Julián se acordó de los prostíbulos de provincia, con piso de tierra, donde los fines de semanas algunas sirvientas de estancia cobraban por darles el gusto a los hijos del patrón. Gente tirada por todas partes. Saludos, risitas, falsa intimidad. Un grupo parecía festejar el cumpleaños de un gordo babeante: tortas de crema, velas que chisporroteaban y antifaces ilustrados con las caras de famosos actores americanos.

Una mano se apoyó en el hombro de Julián. Era Hidehiro, que le indicaba una mujer.

A simple vista parecía una geisha común y corriente, pero si se la observaba con atención, algo en su aspecto general —quizá la calidad del kimono o el cuidado del maquillaje— parecía otorgarle un rango de dignidad mayor que el de las demás. Llevaba una especie de jarro de porcelana o marmita de la que brotaba un vapor perfumado y refrescante. En otro ámbito habría podido pensarse que se trataba de una enfermera. Allí, mostraba estar cumpliendo una función equivalente —desinfectar el aire—, o tal vez desempeñaba una operación ritual, necesaria para apartar malos espíritus y seres de otro mundo. Su presencia, en cualquier caso, introducía una fisura de orden mágico en la chatura de las cosas, sin perder, no obstante, su carácter cotidiano. No había nada sobrenatural en la escena. Resultaba evidente que aquella geisha era una habitante más de la casa, y su tarea una de las tantas que cumplía a diario. Entraba, asperjaba el lugar con aquellos vahos, y después salía.

Durante unos segundos, capturado por la estela de aquella aparición, Julián no hizo nada. Después —la palmada de Hidehiro quedó a medias rozando su hombro—, la ausencia se volvió real. La mujer había salido por una puerta lateral y él fue detrás, apurado por la certeza angustiosa de que si no volvía a verla de inmediato desaparecería para siempre. Eso, esa sensación de urgencia, resultaba extraña. Después de todo, ¿qué le importaba? Se trataba de una mujer cualquiera, apenas había podido ver sus mejillas pálidas o entalcadas, la gruesa línea negra trazando el surco de sus cejas, y poco más. De hecho, era ese caldero o tetera humeante que llevaba entre manos lo que constituía su marca de identidad. Perdido el objeto distintivo, quizá se la cruzara de nuevo sin reconocerla. Y sin embargo, ahora, recuperar a la geisha se había vuelto lo más importante del mundo.

La sala recién abandonada había sido construida en material sólido, cemento o ladrillo, pero la galería a la que accedió Julián tenía la levedad de los paneles corredizos, hechos en papel de

arroz, que aparentaban haberse embebido del vapor que brotara de la marmita durante el tránsito de la geisha por el lugar.

La primera puerta que abrió daba a un paisaje clásico: un patio interior cuadrangular, con el piso cubierto por un manto nevado —como era verano debía de tratarse de bolitas de telgopor. En el centro se elevaba un árbol de cerezo, apenas agitado por el viento. Una hoja tembló y cayó en su instante perfecto. Julián cerró la puerta, abrió otra. Como un rasgo de la fugitiva, creyó percibir el perfume de aquel vapor.

La segunda puerta daba a una escalera por la que subió a los saltos, hasta llegar a un vano que daba a otra puerta. Por un escrúpulo de discreción, que no coincidía con la violencia de su impulso, se detuvo y apoyó una oreja sobre la madera. A los pocos segundos sintió esa sutil vibración sonora, el zumbido propio de los pabellones auriculares cuando registran el vacío. Después, prestando mayor atención, creyó advertir una especie de eco rítmico, pausado. Era el rumor de una respiración suave y sobre su fondo se oía el murmullo de una pequeña cascada de agua que caía sobre una caña de madera cortada longitudinalmente, como una ilustración imaginaria de la exquisita relación con la naturaleza que sólo puede mostrar una cultura sofisticada.

Quizá —pensó— todo lo que viera hasta el momento había sido la mascarada que se ofrece a quienes se contentan con simulacros. En ese sentido, era razonable esperar que sus compañeros de viaje ya estuvieran en distintos cuartos y entregados a sus fornicaciones. Por suerte, él había sido advertido, no de los peligros del presente, sino del encantamiento de una esencia retraída, quizá en retroceso, la del Japón eterno. El relato de Josefina, esa verdad que durante días había estado a punto de perderse, había probado al cabo su consistencia: existía. Y él, si se le daba la gana, podía regresar mañana mismo a su país y contar lo que había visto, o mejor dicho, aquello que había sabido reconocer. Lo que de todos modos derivaba en una cuestión: si atravesaba aquella puerta y se encontraba con la geisha, desnuda y esperándolo, ¿qué era lo que debía hacer? Si se acostaba con ella, ¿no estaría traicionando cierto pacto de fidelidad, no a Josefina, por supuesto, sino a una especie de verdad superior que su amiga le comunicara? Incluso si la geisha poseía una técnica soberbia, una calidad amatoria suprema, ¿había ido él, allí, para contentarse con eso, simplemente? ¿O se trataba más bien de asistir y de testimoniar la presencia de...?

La puerta cedió al roce de sus dedos, como si se abriera sola. En el extremo opuesto del cuarto vacío había otra puerta, que pareció cerrarse como si la mujer acabara de salir. Era posible que así hubiese ocurrido, porque Julián sintió, más fuerte y vivo que antes, el perfume a menta y anís. Incluso, en la semipenumbra, podía verse cómo el vapor ascendía en pequeños remolinos hasta aplastarse contra el techo bajo. Julián no se detuvo a contemplar el fenómeno (partículas iridiscentes y crepitantes como vientres de luciérnaga en el instante mismo en que comienzan a estallar), sino que fue hacia aquella puerta.

Salió. Ahora el vaho lo envolvía, llamándolo en dirección de una escalera.

Mientras subía, Julián sintió que hacía años que no estaba tan excitado como en aquel momento. La llamada elusiva de la geisha lo enloquecía. ¿Por qué iba a abstenerse? Al contrario. El problema de su decepción continua se debía a que siempre había estado con putas incapaces de encarnar esa promesa de perfección; las curvas del placer sexual y el dinero sólo se cruzaban y sintetizaban bajo la forma societaria que asumía el amor conyugal. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¡Haber tenido que cruzar el mundo para enterarse! Aquél era el territorio donde las profesionales recibían un entrenamiento ancestral, se comportaban como esposas ideales. En ese sentido, los relatos de Josefina no tenían por objeto apartarlo de nada, al contrario. La prescripción de su amiga era que él debía encontrar al verdadero Japón, su vía de acceso al matrimonio, entre las piernas de una sacerdotisa del prostíbulo.

Al fin de la escalera, una terraza. Sopla el viento, agitando apenas las cortinas de una habitación sin techo. Se asemeja a una escenografía dispuesta para un estudio de filmación, nacida quizá de los vapores del caldero, salvo que la estructura está firmemente afirmada en el piso. Julián aparta una cortina y entra en el lugar.

Es noche cerrada, el cielo está encapotado, así que durante los primeros instantes no ve nada excepto los contornos tenues y lacrimosos que trazan los pabilos de unas velas doradas. Luego aparecen los detalles costumbristas del estilo elevado nipón: un altar con un dios ignorado, otro con un dragón que lanza llamas (ambos son de madera pintada), una armadura de samurai tesa sobre un altar y un par de sables colgados a la pared con un cordón de terciopelo rojo enrollado a lo largo de las hojas...

En cuanto a lo demás: aunque él esperaba un tatami tradicional, o al menos el típico futón, lo que hay es una cama occidental, con respaldo, y unas sábanas de seda o de raso o de nylon blancas, que dibujan la forma de un cuerpo dormido. Julián aparta la sábana. Algo que es o parece una mona, una orangutana, una gorila, le tiende los brazos.

Con el paso de los años, la visita a la casa de las geishas se convertiría, para los de la delegación comercial, en objeto de evocación recurrente. A la sucesión de hechos algunos le aplicarían la técnica de los miniaturistas, enriqueciéndolos con pinceladas sucesivas hasta tapar la penosa anécdota primera con la paleta colorida de la invención personal.

Julián se abstuvo de compartir comentarios con el resto de los compañeros. Esto se debió tanto a su necesidad de discreción como a que el carácter de lo ocurrido, al disolver cualquier certeza, impedía la construcción de cualquier relato. Quizá —trataba de convencerse— todo había sido un efecto del vapor aspirado, que seguramente contenía una mezcla de hipnóticos y sedantes, drogas diluidas. Y al mismo tiempo, nada resultó menos ilusorio que ese negro estuche de carne, el olor profundo y el flujo espeso, el apretón de esa valva pequeñísima y jugosa.

¿Había existido algo como eso? ¿Había besado a la mona?

No podía decidirlo y tampoco decírselo a alguien. Ni entonces ni nunca. Así que, al volver a Buenos Aires, cuando Matías le preguntó cómo la había pasado durante el viaje, Julián apenas mencionó como al pasar que había vivido algo raro: una experiencia excepcional, extraordinaria.

Para Matías, una expresión como esa era pura exageración. Todos los lunes, sus compañeros de oficina gastaban horas en el relato de sus intensas experiencias excepcionales vividas en campos de polo, canchas de rugby o de fútbol, boliches bailables, calles oscuras, departamentos amueblados. De esos cuentos no había nada que pudiera resaltarse, salvo la voluntad colectiva de asignar sentido a cualquier estupidez. Pero Julián había soltado su afirmación de manera contundente, como si, a diferencia del resto de la humanidad, él *verdaderamente* hubiese vivido algo excepcional. Lo que permitía suponer que tal vez fuese cierto.

Esa posibilidad lo conmocionó. El acontecimiento había ocurrido porque su amigo así lo anunció. Julián no mentía, nunca mentía, no tenía nada que ocultar. Y sin embargo en la conversación telefónica no había entrado en detalles, lo que —debido al grado de intimidad y confianza que existía entre ambos— también volvía excepcional esa omisión. ¿Sería la experiencia excepcional algo de tal magnitud que aún no se atrevía a contárselo? Quizá ni siquiera había encontrado la manera... Debía ser como avistar ballenas en los mares del Sur: esas bestias nunca terminan de asomarse a la superficie, se deslizan, dejan entrever sus lomos negros, llenos de costras y verrugas y vegetaciones parásitas, pero cuando la parte delantera ya volvió a hundirse, la cola ni siquiera empezó a aparecer.

No obstante su curiosidad, Matías respetó la reserva de su amigo y se abstuvo de indagar en el asunto, pero como al cabo de un tiempo Julián siguió sin participarlo, no pudo evitar que esa reserva pesara sobre su ánimo y de diversas maneras. La más elemental se manifestó en un cierto recrudescimiento de la distancia abierta entre ambos, distancia que la cena compartida la noche anterior al viaje no terminara de cerrar. Por supuesto, esa distancia no eliminaba el afecto pero

limaba un poco la cotidianidad del vínculo, volviendo más esporádicas las comunicaciones telefónicas y los encuentros personales.

Desde luego, Matías no podía admitir ante sí mismo que la actitud de su amigo despertaba su resentimiento: hubiera sido lo mismo que reconocerse celoso y esta clase de admisión estaba excluida de un vínculo viril. Atenuada la posibilidad de que Julián aún se sintiera sobrepasado por lo ocurrido —¿cuánto tiempo queda uno reducido al silencio por un suceso cualquiera, por muy excepcional que fuera?—, lo único que se le ocurría pensar era que, al anunciarle que había vivido algo extraordinario para luego abstenerse de referirlo, su amigo había procedido, en cierta forma, de manera desleal, aún más, infantil.

Era entonces su gesto ladino de alertar y ocultar al mismo tiempo lo que generaba la distancia y alimentaba la inquietud. Y lo peor, o lo más curioso de todo, era que, además de perjudicar la relación entre ambos, esa actitud, a cambio de desequilibrar las cosas en perjuicio de Julián, las ponía a su favor. Una vieja sentencia egipcia, anotada en un pergamino que aferra la mano rígida de una momia, anuncia: *Quien se reserva, triunfa*. Y eso era lo que en el fondo Julián había hecho o intentado hacer: mostrarse superior y él elevándose por encima suyo gracias a su reserva. Con el agravante de que lo reservado sólo existía como tal en virtud de que previamente le había comunicado su existencia.

En resumen, lo peor del gesto de Julián era que subrayaba que Matías no había experimentado nada semejante a lo que *él* había experimentado, ni habría de experimentarlo nunca.

Una sentencia semejante, que en rigor únicamente se inscribía como tal en la mente de Matías, no tardó en obrar sus efectos.

En lo inmediato, el distanciamiento entre los amigos se volvió perceptible. Matías se hacía negar por teléfono o contestaba con monosílabos cuando Julián lo llamaba, rehuía a las posibilidades de un encuentro, ya no lo invitaba a los asados dominicales...

En prueba de elemental sabiduría, Josefina se privó de preguntar por los motivos de ese enfriamiento del vínculo y de ofrecer su criterio al respecto, pero dio por hecho que allí radicaba el nuevo y persistente malhumor de su marido. Y Matías, entregado a su propio impulso y sin encontrar opinión que lo contradijera, no halló modo de atenuarlo. Al contrario, lo crispaba el solo hecho de pensar en Julián. A medida que pasaban los días, el acontecimiento (o su falta) se volvía cada vez más grave, adoptaba la categoría de un insulto. Al callarle el detalle de lo vivido en Japón, Julián lo había despreciado. Era como si durante tantos años hubiese cultivado su trato sostenido por la idea presuntuosa de que estaba beneficiándolo con su compañía. O peor aún, lo había hecho por cálculo: había fingido ser parte de esa leyenda de una amistad indestructible, con la perversa intención de infligirle algún día una demostración contundente de su presunta superioridad.

Pero esa superioridad —pensaba Matías— no se basaba en nada sólido. Una experiencia excepcional podía tenerla cualquiera, era algo aleatorio, no buscado. A él mismo podía pasarle

algo así en cualquier momento. Podía chocar de frente con un colectivo cuando salía del barrio vigilado, o descubrir de golpe un plato volador estacionado en su jardín, al lado de la pileta, o...

¿De qué se enorgullecía tanto Julián?

Quizá —en este punto Matías estaba dispuesto a conceder algún crédito a un hipotético argumento de su oponente imaginario— existían personas que adecuaban su vida a la posibilidad de experimentar un acontecimiento extraordinario. Y en su condición de hombre soltero y disponible, Julián era mejor candidato que él para que algo singular le aconteciese. Pero eso, al tiempo que una verdad obvia, era también injusto. Y más que injusto, era fácil. Un varón solo y en buena posición económica, no sólo se encuentra dispuesto a afrontar viajes y aventuras, sino que hasta podría pensarse que está obligado a vivir circunstancias diferentes. Lo extraordinario debía de ser la rutina de los tipos sin responsabilidades. Por lo que ni siquiera hubiera sido necesario que Julián mencionara su caso. Más allá de lo que hubiese ocurrido —a fin de cuentas, un detalle—, un hombre libre, si no la vivía habitualmente, tenía que lanzarse a la búsqueda de esa excepcionalidad y no envanecerse de haberla encontrado. Sobre todo, no debía presumir de sus logros en presencia de los casados y responsables, aquellos que habían optado por la experiencia común. Julián hubiera debido comprender al menos que no había una gradación de valor en el par de opuestos constituido por lo ordinario y lo extraordinario. O, en todo caso, si existía, era a favor de alguien como él, que había elegido la experiencia sin lustre, la experiencia más ardua y dificultosa del matrimonio y la paternidad.

“¡Si yo —se decía Matías— no me hubiese casado temprano, si no hubiese debido formar y mantener una familia, ya habría vivido no una sino quinientas, mil, un millón de experiencias extraordinarias!”

En realidad —decidió—, lo verdaderamente difícil, lo superior, sería que pudiese vivir esa clase de acontecimientos alguien que estaba en *su* situación.

Un día Matías debió asistir al estudio de filmación donde se grababa el aviso publicitario de uno de los productos alimenticios de la multinacional donde trabajaba. Se trataba de una nueva línea de yogures dirigida al público infantil.

Sólidos y líquidos, de un depuradísimo color blanco obtenido gracias a la transformación de la materia original luego de una serie de procesos químicos, esos lácteos se complementaban con copos de maíz, frutos secos y granos de chocolate, adicionados con fortificantes, sales minerales y vitaminas. El producto había atravesado las pruebas bacteriológicas correspondientes y en las degustaciones realizadas por grupos de clientes potenciales había sido calificado entre bueno y muy bueno, pero a criterio de la empresa comercialmente aún no reunía el elemento capaz de resaltar su presencia en las góndolas de los supermercados y obligar a la elección del consumidor.

Luego de muchas discusiones se encontró el rasgo distintivo a reforzar: era el envase. Debía tener el diseño de una nave espacial. La campaña de lanzamiento fue concebida entonces bajo la idea de que, consumiendo el yogur, los niños se alimentaban y divertían a la vez que reforzaban su vigor e inteligencia naturales al punto de ser capaces de emprender desafíos que requerían de un alto nivel de autonomía y decisión. Todos estos valores debían ser comunicados por una serie de avisos televisivos que contaban las peripecias de un niño rubio y de clase media alta, quien, luego de despachar el contenido de un envase, se introducía en el interior del mismo y emprendía una serie de aventuras intergalácticas, en las cuales invadía planetas, derrotaba monstruos y conquistaba princesas estelares.

Aunque sus responsabilidades gerenciales lo consustanciaban con un ideario que homologaba cantidad con ganancia y ganancia con valor, Matías estaba mal preparado para comprender la naturaleza del espectáculo que se ofrecía a su mirada, y que de todos modos lo fascinó.

En el estudio de filmación, una decena de personas giraban alrededor de una tarima cubierta por una manta de terciopelo negro sobre la que brillaba un envase-nave espacial. El envase triplicaba el tamaño de los que iban a ser lanzados al mercado, probablemente era capaz de contener quinientos centímetros cúbicos de yogur. Claro que no estaba destinado a ese uso. Al aproximarse, Matías creyó advertir que se trataba de un envase de vidrio o cristal, cubierto por una capa de pintura entre blanca y grisácea, que resaltaba por contraste la intensidad de las letras que titulaban al producto, y también los alerones falsos de la nave.

Un asistente acercó un vaporizador y cubrió de rocío el envase hasta que las gotas empezaron a chorrear sobre su superficie. Segundos después, los focos aumentaron su intensidad. El envase pareció entrar en ignición, se iluminó y resplandeció casi hasta desaparecer.

Una vez completadas las tomas que faltaban para cerrar el día de filmación, Matías y la directora fueron a tomar un café. El encuentro se justificaba en la necesidad de intercambiar

criterios entre el cliente y la realizadora de la agencia, pero a los pocos minutos Matías dejó las formalidades. Contemplando el trabajo de Cintia, se le había abierto un nuevo panorama. Él, a fin de cuentas un experto en las operaciones de reproducción y distribución a gran escala de mercancías idénticas, se había encontrado con una persona capaz de obrar una proeza superior: ya no la de multiplicar los objetos de la realidad, sino la de volverlos verdaderamente reales por la vía de hacerlos aparecer como únicos, envueltos en un brillo mágico, recubiertos de aura.

Gracias a Cintia y a personas como Cintia —comprendió—, lo producido por él y su gente iba hacia el mundo convertido en algo irresistible. Al volver visibles y atractivos sus esfuerzos, Cintia, a quien recién acababa de conocer, enriquecía y daba sentido a su vida.

Como es obvio, al expresar estos pensamientos, Matías se mostró más vacilante que afirmativo; era su manera de abrirse al diálogo y ganar un poco de tiempo, ir viendo qué era lo que pasaba. Cintia fue más directa:

—Las apariencias no engañan —le contestó—. ¿Sabés qué creo de vos? Que estás un poco harto de las delicias del matrimonio y que tenés unas ganas enormes de tener una aventura.

—Yo amo a mi esposa —dijo Matías. Y confesó—: Nunca ninguna mujer me habló así.

—No tengo dudas de lo uno ni de lo otro —dijo Cintia.

Cintia le habló maravillas de un balneario perdido al final de una ruta y él dijo que sí. Luego, ya en su casa, pretextó un viaje laboral con carácter de urgente; Josefina ni siquiera advirtió el temblor de su voz cuando se embarró en detalles innecesarios acerca de los temas a resolver. Matías armó una valija muy discreta y al salir del barrio entró en un shopping y compró malla, toallas, preservativos y filtro solar de protección total. De todos modos tenía la ilusión de pasar su escapada adúltera de fin de semana encerrado con la directora entre las paredes de una cabaña.

Cintia animó el viaje con su conversación liviana y fluida; Matías no dejaba de pensar a cada instante que estaba arriesgándolo todo a cambio de experimentar algo excepcional en brazos de una desconocida. Y eso, el hecho de que esa mujer aún no significara nada para él, era de lo más excitante. Cintia notó su estado y apoyó una mano sobre su pierna.

—¿En qué pensás? —le preguntó.

Matías dijo que estaba tratando de imaginarse qué diría su amigo Julián si alguna vez le contara lo que estaba haciendo o a punto de hacer. Cintia miró hacia la ruta, vio que el camino estaba despejado, dijo:

—Vos no vas a contar esto ni vas a hacer nada, ahora —y luego se inclinó y le bajó el cierre del pantalón. Eso, pensó Matías disminuyendo la velocidad, también era extraordinario.

Pudieron bañarse desnudos en el mar, comieron pescado que asaron en la playa, caminaron hasta cansarse. La cabaña estaba ubicada en medio del bosque y al amanecer escucharon el canto de los pájaros hasta que los interrumpió o tapó el ruido de las sierras que empleaban los obreros de las cercanas obras en construcción. Ese verano, el balneario vivía su explosión inmobiliaria. Pasaron muchas horas encerrados.

A Matías lo atrajo el descubrimiento de las libertades que Cintia se tomaba para disfrutar de su cuerpo, aunque era cierto que todo le parecía novedoso porque sólo contaba con un elemento de comparación. De hecho, lo desconcertaba que su repertorio de técnicas amatorias no provocara en Cintia las respuestas que estaba acostumbrado a esperar de Josefina. En cambio, algunos movimientos, posiciones o expresiones que a lo largo de su matrimonio había terminado dejando de lado por inefectivos, a Cintia le generaban un entusiasmo al que había que seguirle el tren. Y eso para no mencionar las diferencias de texturas, olores, sabores, volúmenes y duraciones...

En resumen: si el hecho de haberse atrevido a vivir ese romance con Cintia era parte de la anhelada experiencia extraordinaria, el núcleo de esa experiencia estaba constituido por la actividad sexual. Pero lo notable, la sorpresa, el núcleo del núcleo, era que en medio de cualquiera de esas piruetas él se encontraba de pronto buscando el eje, el centro histórico obligado, la referencia nostálgica. En un punto, era decepcionante que lo extraordinario no se hubiera revelado al mismo tiempo como maravilloso. Ni se había enamorado de Cintia ni había

accedido a un nuevo estado de conciencia; su ser no alcanzaba ninguna clase de transfiguración. Pero al menos debía reconocer que aquello que efectivamente estaba ocurriendo en esa escapada podía servirle para respetarse a sí mismo: al salir en busca de esa maravilla esquiva, había demostrado coraje personal. Y, si no otra cosa, Cintia era el don que le había ofrecido la vida para que pudiera descubrir al fin, y plenamente, todo lo valioso que tenía junto a su mujer.

No fue extraño entonces que, aun cuando la aventura extramatrimonial duró apenas tres días, el sentido pleno del acontecimiento se le presentara ya al fin de la primera jornada. Al filo de la noche, Matías advirtió que sus prestaciones genitales habían disminuido y corrían el riesgo de cesar, salvo que recurriera a un elemento propio de la invención, el registro visual o la memoria. Y como su imaginación era muy limitada y no tenía presentes las imágenes de mujeres anónimas o conocidas, vistas en revistas o películas, el elemento excitante sólo podía proporcionárselo el recuerdo de sus momentos íntimos con Josefina.

La sola idea de utilizar aquellas estampas que guardaba su memoria le provocó un sentimiento de pudor; hacerlo hubiese sido directamente un manoseo del vínculo con su mujer, y él habría resultado repugnante para sí mismo. Pero como la situación requería de alguna clase de estímulo cierto, Matías encontró una especie de transacción posible entre lealtad y deseo al concentrarse en reconstruir en detalle las figuras estáticas que Josefina producía durante sus ejercicios de yoga. El esfuerzo mental era agotador, porque esas imágenes se veían amenazadas por los reclamos del cuerpo que tenía entre manos; no obstante eso, el recuerdo de Josefina se iba acercando e imponiendo, se volvía cada vez más visible y poderoso, sin difuminarse ni estallar, sino yendo hacia él y golpeándolo. Era precisamente esa inmovilidad de las posiciones del arado, la vela o el perro lo que lo excitaba al punto de que, mientras las evocaba, iba manipulando a Cintia para armarlas y desarmarlas a su antojo.

Esas figuraciones alcanzaron tal primacía sobre lo existente, que en el orgasmo Matías creyó que verdaderamente se abrazaba con su esposa. Un resto de prudencia le impidió nombrarla; a cambio dijo “amor”, palabra que a una mujer advertida como Cintia le sonó como simple prueba de agradecimiento.

A la vuelta del balneario, Matías trató de reflexionar acerca de lo ocurrido. Ahora que el impulso de vivir el “acontecimiento extraordinario” se había enfriado, ahora que el simple hecho de haberlo vivido le permitía comprender que esa experiencia singular se reducía a una simple aventurita, lo que le aparecía como evidente era que lo único extraordinario de su vida había sido su experiencia matrimonial. Había debido escaparse, mentir, viajar, experimentar la desazón y el disgusto de la intimidad con un cuerpo nuevo para poder valorizar en su justa medida lo que ya tenía.

Desde luego, no pensaba llamar ni ver nunca más a Cintia.

Durante unos días pudo cargar a solas con el recuerdo de lo hecho. Había descartado confiarse a Julián o librarse del peso mortificante de su secreto recurriendo al secreto de confesión. Sabía que esas instancias lo habrían ayudado a aligerar el peso de los hechos, pero, más que la necesidad de revelar su historia y deshacerse de sus implicancias, lo preocupaba impedir que éstas produjeran efectos en su relación con Josefina. Se sentía culpable ante ella; sin haber manifestado la culpa, su alma requería de un perdón.

En ese dilema, Matías tomó una decisión que la mayoría de los hombres considera errónea: le contó a su esposa lo sucedido. Por supuesto, lo hizo con el propósito de mostrarle que había alcanzado una comprensión demorada pero entera de la naturaleza de sus actos, y con la esperanza de que ese reconocimiento le abriera las puertas de una redención verdadera, agregó que tras debutar en el adulterio había conocido por fin, gracias al contraste, la dimensión sagrada del vínculo matrimonial. Para su asombro, mientras duraron las confesiones, Josefina permaneció en silencio, y después se encerró en su cuarto, y aunque él golpeó a la puerta, y la llamó, y la nombró con todos los diminutivos que conocía su ternura, y le pidió perdón por lo que había hecho y por habérselo dicho, ella no le abrió.

Matías durmió vestido en el living y a la mañana siguiente debió ir a trabajar con ropa deportiva que por casualidad encontró en el cuarto de huéspedes. A la noche, cuando regresó a su casa, los chicos y el personal doméstico dormían. Josefina estaba sentada en un sillón, escribiendo algo. Él quiso acercarse, continuar con sus explicaciones. Su línea argumental era tan débil como sincera: se había equivocado, había querido tomar distancia, se había confundido, sólo había pensado en ella, estaba arrepentido, la amaba. Josefina no lo dejó hablar. Le dijo que estaba haciendo cálculos de costo de materiales y mano de obra. Quería dividir la casa en dos partes, excepto las zonas de uso común, como la cocina y los pasillos de acceso a los cuartos de los hijos. Ambas partes estarían conectadas por una puerta que se abriría con el único propósito de que las mucamas hicieran la limpieza. Además, entre el primero y el cinco de cada mes Matías depositaría una suma de dinero acordada entre ambos, en una cuenta bancaria habilitada a su nombre, y debería comprometerse ante escribano a...

Él sólo pudo preguntar por qué todo eso, por qué.

En lo inmediato, siguió durmiendo en el living. Josefina le había prohibido que le dirigiera la palabra. Se acostumbró a dejar la casa de madrugada, no toleraba esos desayunos donde debía comunicarse con señas y en los que, si por distracción o desesperación trataba de decir algo, ya fuese “pasame la manteca” o “por favor, no aguanto más”, ella se apartaba de la mesa. Por su parte, los tres chicos, aunque no habían sido informados del conflicto, eran lo bastante grandes como para notar lo mal que estaban las cosas entre sus padres y preferían pasar la mayor parte del tiempo fuera de la casa.

Ansioso por mantener cualquier clase de vínculo, Matías volvió a encontrarse con los integrantes del equipo senior de rugby del Champagnat. Corrían durante un rato y después se pasaban horas tomando cerveza en un pub. Ahí, en confianza, les contó una versión simplificada de los últimos acontecimientos. En su relato, Josefina se volvió egoísta, injusta, tiránica: todo a causa de una traición menor. En ocasiones, esos encuentros terminaban cerca de la madrugada. Matías volvía al barrio vigilado con la esperanza de que su ausencia sorpresiva —él no había avisado que se encontraba con “los muchachos”— hubiera hecho reflexionar a Josefina, impulsándola a extrañarlo, o al menos a retroceder de su decisión. Sin embargo, ya en la casa, se encontraba con que la puerta del cuarto matrimonial estaba cerrada con llave.

¿Podía una mujer ser tan rencorosa? Cualquier otra habría considerado que un par de semanas de enojo y recriminaciones bastaban para castigar al marido infiel. Pero, habiendo pasado más de un mes de su confesión, y cuando Matías se creía con derecho a obtener la remisión entera de su culpa, Josefina parecía decidida a no perdonarlo jamás.

En la dimensión de angustia en la que estaba viviendo, Matías empezó a pensar que lo que le ocurría era una ilustración de aquellos viejos preceptos de la fe cristiana, por los cuales un pecado del presente se paga en el futuro con una condena que dura la eternidad. Vivir con Josefina y no abrazarla, ni hablar con ella: eso era el infierno.

Quizá —empezó a decirse— era él quien había evaluado mal la situación. Quizá no se trataba sólo de que su esposa parecía haber perdido toda medida de las cosas; su respuesta era sin duda exagerada en relación a la gravedad de los hechos, pero, en la dimensión más verdadera, aquella que atiende a las emociones primeras y elementales... a poco más de un año de la muerte de Ariel, él se había atrevido a acostarse con otra mujer.

Y eso, para Josefina, debió de haber sido una afrenta imposible de olvidar.

Una vez convencido de que era el único responsable de la crisis que estaba atravesando su matrimonio, Matías trató de encontrar un modo de obrar la reparación. Pero, ensañado consigo mismo, no supo cómo acercarse a su mujer. En su impotencia, veía que Josefina avanzaba en su proyecto de división de la casa. La visitaban arquitectos, decoradores, albañiles. Ella seguía anotando, hacía cálculos, pedía presupuestos, armaba planillas de gastos. Por las noches, Matías estudiaba esas planillas. Los rubros y desgloses se multiplicaban. Los planos también. Al parecer, Josefina vacilaba entre realizar una separación igualitaria de los ambientes y respetar las particularidades del diseño original. Lo mismo ocurría con el empleo de materiales, que iban desde los costosos, que permitían gran diseño y terminación, a aquellos de carácter económico y aspecto precario.

Quizá ese espectro amplio de posibilidades representaba sus oscilaciones acerca del carácter que tendría el vínculo futuro con su marido.

Un día, sin embargo, planos y planillas entraron en una caja que se guardó en el cuarto de lavado y planchado. Josefina no dijo nada al respecto y Matías dio por hecho que, al no mencionar más el asunto, su mujer había dado el primer paso tendiente a una reconciliación.

No se trataba de eso. Ella le pidió que abandonara el hogar.

Matías tardó poco en encontrar una casa en capital. Tenía cuatro cuartos —tres para sus hijos, uno para él—, dependencia de servicio, un pequeño jardín lleno de plantas baratas y mustias al frente, y un patio con dos o tres especies arbóreas atrás. A diferencia del barrio vigilado, donde cada propiedad limitaba con las otras a través de masas verdes —glicinas, helechos, ligustrinos, hileras de ficus o de eucaliptos—, acá las medianeras eran un amasijo de ladrillos sin revocar y alambrados de púas que permitían ver los fondos de las otras casas, con quinchos de asador y alambres donde mujeres en chancleta y broches en los labios colgaban la ropa recién lavada.

En el trámite de la separación, que fue mucho más expeditivo de lo que hubiera imaginado, Josefina le permitió llevarse algunos objetos domésticos y también le cedió buena parte de los juguetes y ropas de los hijos. Matías se esforzó en arreglar los cuartos llenándolos de detalles cálidos, para que Rocío, Facundo y Juan Manuel no extrañaran demasiado la casa materna cuando fueran a pasar los fines de semana en su compañía. El día concertado para la primera visita puso en el porche de entrada un cartel de cartulina que consiguió en un negocio de cotillón y en el que Minnie, Pluto, Donald, Mickey, Daisy y otros personajes de la factoría Disney sostenían letras que armaban la frase: “Bienvenidos a casa de papá”. Era una representación tan patética de lo festivo que cuando terminó de colgarlo se largó a llorar, y lloraba cuando se subió a la camioneta y fue llorando durante todo el trayecto hasta el barrio vigilado, y recién pudo contenerse cuando llegó hasta las barreras de ingreso. Sin embargo, luego de examinarlo a través de los monitores, el guardia de seguridad no permitió su paso. Le pidió disculpas y le dijo que la señora Josefina le había dejado el mensaje de que en ese momento sus hijos no querían verlo.

Durante el tiempo que duró su matrimonio, en más de una oportunidad y como fruto del tedio de la convivencia, Matías había fantaseado con las cosas que hubiera podido hacer de haberse quedado soltero. Pero ahora, la ausencia física de su mujer y de sus hijos le impedía imaginarse siquiera haciendo algo distinto de estar con ellos, de volver al seno del hogar.

Era una pesadilla levantarse cada mañana, solo en medio de una cama demasiado grande. Cada uno de los actos de la rutina diaria resultaba una tortura. El panorama se aligeraba un poco durante las horas de trabajo porque las obligaciones lo distraían, pero cuando llegaba la hora de salir... Ahora entendía que los hábitos que adopta un separado de mediana edad no eran ejercicios del derecho que ese hombre se ganó de actuar según su voluntad, sino estrategias para diferir la llegada del momento en que por fin comprende el alto precio que debe pagar para seguir vivo tras la batalla perdida.

Fue al cine, al teatro, cenó en restaurantes. Veía televisión hasta tarde, dejaba la ropa usada en el piso. A veces ponía música a todo volumen. Nada de lo que hiciera disipaba su obsesión del presente. Construida sobre las ruinas de su ánimo, la esperanza de ver a sus hijos, de estar con ellos al menos durante los sábados y domingos, era lo único que lo mantenía en pie. Pero llegaban los fines de semana y él llamaba por teléfono y casi siempre lo atendía una de las mucamas y le decía que lo sentía mucho, señor, pero que sus hijos no querían estar con él.

Una madrugada, harto de no poder dormir, salió a dar una vuelta por su nuevo barrio; lo impresionó la suciedad de las calles, la cantidad de botellas de cerveza rotas contra el cordón de la vereda. La iluminación era deficiente, los carteles luminosos parpadeaban, algunos estaban en cortocircuito. Era un amanecer veraniego, demasiado cálido. Él andaba sin rumbo, esperando que se desencadenara de una buena vez la tormenta, que lo atravesara un rayo.

Terminó frente a la vidriera de una veterinaria, mirando cómo dormía una pareja de gatos recién nacidos. Pegado en un borde de la jaula, un letrero advertía que eran macho y hembra, siameses impuros, y que tenían todas las vacunas. Desayunó en el bar de una estación de servicio haciendo tiempo, y cuando abrió la veterinaria compró a Fefe y Lulú.

Fefe mordisqueaba su dedo, rasguñaba las patas de la mesa, trataba de arrancar las cortinas, perseguía cucarachas y tragaba y escupía las moscas; era negro y blanco, de ojos azules y estrábicos que no parecían detenerse en nada. Era, decidió Matías, un animal simpático, al que le gustaba jugar pero que no sabía querer.

Lulú resultó más tranquila, se tiraba sobre una almohada que la mucama había puesto en un rincón del living y allí pasaba horas lamiéndose las patas, hasta que de pronto pegaba un salto — tal vez debido a un ruido de la televisión— y se erizaba. Era gris, con una mancha color café en el pecho, y tenía la cola negra. Ronroneaba al ver a su dueño: sentimental pero no tonta.

Matías les mandó a hacer collares con brillantes falsos y chapitas identificatorias, y el fin de

semana, cuando llamó por teléfono a su ex casa y lo atendió una de las mucamas, le dijo que les avisara a sus hijos que había comprado dos gatos y que los invitaba a conocerlos. La mucama dijo: “Un momento, señor”. Matías escuchó las voces de fondo, distantes, como si deliberaran. Después la mucama volvió al teléfono y le dijo que Rocío mandaba decirle que ninguno tenía interés. Entonces pidió hablar con Josefina y Josefina lo atendió. Irritado con ella por primera vez desde que la había conocido, Matías le dijo que podía entender y hasta justificar el rencor que le tenía, pero que utilizar como arma a los chicos en una pelea de adultos le parecía algo de lo más bajo, y agregó también que él estaba actuando de acuerdo a lo que marcaba la ley y que incluso le pasaba la mensualidad que ella misma había fijado; por lo tanto, no entendía cómo se comportaba con semejante desconsideración.

—Una cosa es que hagas las cosas para echarme en cara mi actitud y hacerme sentir que nuestro matrimonio está terminado, y otra muy distinta es que predispongas a nuestros hijos en mi contra, como si prefirieras ignorar que tienen un padre y que lo van a tener siempre — terminó.

Josefina le contestó en voz muy baja y cansada que ella no hacía nada para impedir que lo vieran; nunca, dijo, les había dicho nada malo respecto de él. Al contrario: trataba de convencerlos de que lo vieran, de que fueran a conocer su nueva casa. Les decía incluso que trataran de imaginarse lo solo y triste que debía de sentirse. Pero los hijos no querían verlo, se negaban, y ella no podía obligarlos. Quizá era cuestión de tiempo, de no forzarlos y esperar a que se acostumbraran a la situación:

—Nosotros somos adultos y podemos aceptar muchas cosas, Matías. Ellos todavía no.

Rabiosamente, él quiso decirle entonces que si la diferencia entre un adulto y un niño eran las respectivas capacidades de comprensión, ella se había comportado como una criatura al no aceptar sus disculpas ni perdonar su infidelidad. ¡Había sido una aventurita y nada más que eso! ¿Hasta cuándo iba a obrar movida por el resentimiento? ¿Acaso los demás no contaban, no existían? Las cosas habían ido demasiado lejos por culpa de su actitud caprichosa y...

Pero Josefina ya había cortado.

Esa noche, Matías abrió la puerta de su habitación y Fefe y Lulú durmieron en su cama.

La presencia de los animales atenuó un poco su soledad, pero en modo alguno la eliminó. Aunque se entretenía rascándoles las panzas y dejaba que le mordisquearan los dedos, Matías no olvidaba que poseían un carácter sustitutivo. Ni siquiera habían servido como imán suficiente para atraer a Rocío, Facundo y Juan Manuel a su lado. No obstante, eran algo en lo que ocuparse, algo en lo que pensar. En ciertos momentos pensaba que esos gatos le tenían más afecto que sus hijos. Al menos agradecían con maullidos de aprobación cuando les servía la comida. De alguna manera, eran su familia. Por supuesto, no estaban en condiciones de apreciar sus esfuerzos para sostener el hogar, pero tampoco lo están los niños, en general.

Como fuese, disfrutaba de los gatos y en algún momento tuvo ganas de que alguien los conociera. En sí misma, esa idea podía parecer disparatada. ¿Quién puede organizar un encuentro social para presentar a sus gatos nuevos? Sin embargo, en sus implicancias, resultaba una extensión natural de su deseo de que alguien atestiguara y eventualmente aprobara su empeño en sobrellevar su nueva existencia y, más aún, que luego diera testimonio de ese empeño ante la persona causante de esa transformación.

Como es natural, si su voluntad era la de conmover a Josefina por la vía de un relato ejemplar, la única persona que en principio quedaba fuera de la lista era su propia esposa. De invitarla, y aun si ella aceptaba, corría el riesgo de que el espectáculo de su vida de soltero le resultara penoso. Era más seguro que el testigo fuese alguien capaz de comprenderlo e identificarse con él. De todos sus conocidos, aquel que reunía las mejores condiciones era —sin duda— Julián. Cuando quería, podía hacerle creer a alguien que lo blanco era negro, y después llevarlo a cambiar otra vez de opinión. Y Josefina lo apreciaba. Claro que para llamarlo había que dar un gran paso, vencer la resistencia inicial. Hacía tiempo que no se hablaban, meses quizá, y sin que hubiera habido explicaciones, simplemente porque Matías lo había considerado en su momento como el verdadero causante de su desgracia. Si Julián no le hubiese llenado la cabeza con esas tonterías acerca de lo extraordinario, él no habría intentado... y entonces... Claro que, al mismo tiempo, Julián no lo había obligado a nada... Sólo le había dicho...

Ya ni siquiera podía recordarlo.

Y sin embargo, se debían un encuentro y una conversación. Quizá lo más difícil, lo que íntimamente avergonzaba a Matías y le impedía precipitarse al teléfono, era el hecho de que debía reconocer ante sí mismo que, tras encontrarlo culpable, había pensado en recurrir a él para que le hiciera el favor de interceder ante su esposa. Ahora se arrepentía de lo tonto y resentido que había sido. ¡Julián era su amigo, su amigo de verdad, su único amigo pasara lo que pasase! Hubiera debido hacer ese movimiento mucho antes...

Llamó. El teléfono sonó tres, cuatro veces, y cuando estaba a punto de cortar, escuchó la voz de Julián.

Al principio, arrastrado por un sentimiento que combinaba la alegría del reencuentro con uno de sus afectos más hondos, la violencia que le generaba la necesidad de ofrecer una explicación y pedir disculpas, y la desaforada esperanza de que esa llamada fuera el comienzo de un período nuevo que culminaría en la recuperación de su matrimonio, Matías interpretó que esa reticencia, esa especie de balbuceo que sonaba del otro lado de la línea era, de parte de Julián, un simétrico intento de reconciliación. Ese efecto de timidez doble le dio impulsos. Empezó a hablar de manera más rápida, frenética, dando cuenta de los acontecimientos más recientes, dejando de lado todo resquemor y toda asignación de culpas, aun más, atribuyéndose a sí mismo toda responsabilidad en los sucesos que habían derivado en su separación de Josefina y en la distancia que en las últimas épocas había existido entre ellos dos. Y percibiendo de pronto la delgada línea que dividía la alegría y el llanto, dominado por la emoción, se apuró a invitarlo a conocer la casa y los gatos, a juntarse otra vez, después de tanto tiempo, porque finalmente Julián era su mejor amigo, su único amigo verdadero, y uno no abandonaba a los amigos de toda la vida. Jamás.

Después de decir todo eso, Matías calló y esperó la respuesta de Julián. Pasaron dos, tres, cuatro segundos, y la respuesta no llegó. Era evidente que Julián se mantenía del otro lado de la línea, como si aún continuara escuchando las palabras de Matías. O tal vez estaba meditando acerca de éstas al tiempo que evaluaba una respuesta que estuviera a la altura de la situación. O quizá —pensó Matías— simplemente estaba demasiado conmovido para contestar. Después de todo, su confesión había sido terrible, de una crudeza desgarradora. Y Julián se había quedado mudo, emocionado.

Así pasaron ambos unos segundos más. Finalmente, Julián habló. Su voz sonaba extraña, y más que ronca, fría, cuando dijo que lo alegraba el llamado de Matías, que le parecía muy bien que se hubiera comprado animales domésticos y que en cualquier momento pasaría a visitar la casa y conocerlos, pero que ahora andaba muy ocupado y se le hacía imposible hacerse un hueco para ir a verlo. Tan apurado estaba —dijo— que tenía que cortar. Lo llamaría pronto. Matías interrumpió:

—¿Vos creés que de verdad me importa que conozcas mi casa y mis animales? —dijo—. Mi mujer me abandonó, mis hijos no quieren verme, ni siquiera me atienden el teléfono. No tengo nadie con quien hablar. Estoy solo como un perro. ¿Qué más tengo que decir?

—Lo lamento... —dijo Julián, y Matías respiró aliviado. Su amigo recapacitaba, le pedía disculpas. Pero Julián siguió—: Lamento tanto todo esto, esta confusión... No tendrías que haberme llamado...

—¿Por qué?

—Pero entonces... ¿Josefina no te dijo nada?

—¿Josefina? ¿Si me dijo qué?

—Vas a tener que perdonarme... Alguna vez lo vas a entender. Josefina y yo estamos muy enamorados y vamos a formar un hogar.

Matías no quiso saber nada más acerca de lo ocurrido. Su débil esperanza había desaparecido de golpe, hundiéndose en un agujero que consumía las lealtades y los afectos. Ya no quedaba nada salvo el dolor, que era una especie de ceguera que envolvía las cosas; él manoteaba en la sombra.

Necesitado de una razón para resistir, se refugió en la compañía de sus gatos. Eran bellos animales y cualquier persona habría encontrado un sano placer al cuidar de ellos, pero él, en pleno frenesí, desde el trabajo llamaba tres o cuatro veces por día para preguntar si habían comido, si se habían peleado, si tenían suficiente agua, si dormían juntos. La mucama a veces le decía que se ocupaba de ellos como si fueran personas.

Matías pensaba que ese trato lo merecían más que nadie que él conociera. Tenían una manera de estar a su lado cuyas particularidades tardó un tiempo en descubrir. Lo recibían maullando cuando hacía sonar las llaves del otro lado de la puerta, pero fingían ignorarlo una vez que entraba en la casa. Fefe se subía a lo alto de un ropero y permanecía inmóvil durante una media hora, apenas si parpadeaba para distinguirse de la postura clásica de la esfinge, mientras que Lulú se escondía bajo el sillón y no aparecía ni aunque la llamaran.

Al principio, Matías trataba de alcanzarlos, de cargarlos en brazos y de acariciarlos un poco, pero ellos se resistían; sus apremios los fastidiaban. Después, cuando los dejaba y se sentaba en su sillón y encendía el televisor y se entregaba a sus pensamientos, ambos animales empezaban a desarrollar ciertas maniobras —lamerse una pata, Fefe; perseguir una bola de papel de diario, Lulú—, con el objeto de disimular que ya estaban buscando su cercanía. El efecto era paulatino y creciente. Algo del malhumor, de la horrible depresión, se iba disipando. Muchas noches los tres permanecían quietos, capturados por las luces de la pantalla de televisión. Lo particular del asunto era que, a medida que pasaban los minutos, Matías empezaba a sentir que, más que el truco hipnótico que producía la sucesión de imágenes, aquello que iba apoderándose de él era una especie de influjo bienhechor que —como un acto de deliberación y un don de la naturaleza— emitían sus mascotas. Más aún: tanto Lulú como Fefe se concentraban en crear algo parecido a un campo magnético capaz de protegerlo de todo daño. Esa operación generaba una burbuja que los envolvía y que en esencia recuperaba esa especie de identidad primordial que se desarrolló en la caverna entre el hombre primitivo y la bestia que buscó el amparo del fuego. Pero ese estado no duraba ni podía durar lo mismo que la llama; Fefe y Lulú debían liberar una enorme cantidad de energías de orden psíquico o instintivo para que la burbuja subsistiera, era un esfuerzo feroz batallar contra el ánimo predominante del amo. Luego de dos horas de pelear por su alma, los gatos quedaban agotados.

Obnubilado por el sentimiento de su desgracia, Matías nunca reparó en la grandeza de esa donación, en la generosidad de la transferencia. Sí, en cambio, se dio cuenta de que en los

últimos tiempos Lulú tendía a permanecer escondida debajo del sillón y se rascaba demasiado detrás de las orejas. Lo más llamativo era cierto aspecto entre abandonado y melancólico que presentaba, cuando por lo común era un animal vivaz y atento a su higiene.

En la revisión, en principio, el veterinario no encontró nada preocupante. Algunos felinos tenían una salud delicada, eran sensibles a los cambios de estación, o se indigestaban con facilidad al tragarse una mosca o una cucaracha. Mientras palpaba el vientre de Lulú arriesgó que tal vez tenía un tapón de pelos que expulsaría si le dejaba un pan de manteca para lamer en el platillo de la comida.

El primer día Lulú prácticamente se tragó la manteca de un bocado, pero al segundo ni se le acercó. Permaneció durante toda la tarde oculta bajo el sillón y, cuando Fefe trató de acercársele, mostró las uñas. Esa noche Matías tuvo que agacharse para retirarla de su refugio; Lulú maullaba débilmente, en protesta. No lo arañó y se dejó acomodar sobre las piernas de su dueño, aunque estaba inquieta y a disgusto. Al frotarle el puente de la nariz —una caricia que siempre la hacía ronronear de gusto—, Matías notó que tenía los lagrimales demasiado húmedos y legñosos. Lo que adjudicó al polvo que debía juntarse debajo del sillón.

A la mañana siguiente, antes de irse al trabajo, notó que la gata no había mejorado. Tenía el pelo opaco y sus deposiciones habían resultado menos consistentes que lo habitual. Llamó al veterinario, quien le dijo que juntara los excrementos, los guardara en un frasco y se los llevara, tarea que Matías derivó en la mucama.

Cerca del mediodía, al terminar una serie de reuniones, llamó a su casa: la mucama le dijo que el veterinario había encontrado gusanos intestinales de dos clases y que le había dado un remedio para disolver en agua. Ella había puesto un tachito aparte para que Fefe no tocara esa agua, pero Fefe se había acercado y la había probado antes de dejar que Lulú se arrimara a beber.

Según decía el prospecto del remedio, sus componentes combatían tanto cestodos como nematodos; la dilución obraba como purgante y como exterminante, sin consecuencias para el organismo del felino en tratamiento.

Lulú resultó un animal obediente y bebía el agua sin remilgos, aunque era obvio que detestaba su sabor. Al segundo día del tratamiento, sus deposiciones se volvieron más blandas y oblongas y exhalaban un fuerte olor químico. El veterinario había avisado que en ese momento había que examinarlas y observar si empezaba la expulsión de las lombrices. Matías estudió el panorama; el compositum de materia fecal estaba entramado de corpúsculos veteados y del tamaño de un grano de arroz, la mayoría de ellos inmóviles, aunque algunos presentaban una agónica apariencia de vida en sus cabecitas blancas. Al tercer día, ya no había más lombrices en el excremento.

Matías quiso celebrar la curación ofreciendo a ambas mascotas un pequeño ágape, una excepción a la dieta de comida balanceada: se trataba de una bola de lomo cocida. Fefe devoró su parte y se relamió pidiendo más, pero Lulú apenas probó el contenido del plato y se fue a

acurrucar en su propia canasta. Matías pensó que debía de estar cansada a consecuencia del remedio, pero a la tarde siguiente su mucama lo llamó para avisarle que la gata ni se había asomado por debajo del sillón.

Con una excusa, Matías abandonó el trabajo y volvió a la casa. Lulú se había escondido en un rincón del baño. Sobre el piso de baldosas blancas había un leve rastro rojizo, como si el animal se hubiera arrastrado debido a una herida, o tal vez intentando desprenderse de algo. Tenía pequeñas costras hemorrágicas alrededor de la boca, de su cabeza subía un olor a grasa rancia y la piel de alrededor de las orejas estaba salpicada de unas pequeñas descamaciones blancas. Matías la alzó en brazos y Lulú se quejó; le costaba respirar. Además, tenía las mamas hinchadísimas, con las areolas de un color violáceo. Le habló en voz baja, apoyó la cabeza de Lulú contra su pecho, trató de abrigoarla con su calor, aunque tenía una fiebre altísima. Al abrazarla, sintió la aceleración cardíaca. Envolvió a la gata en una manta y la llevó a lo del veterinario.

Dos horas después, Lulú estaba muerta.

Dominados por el asombro o el escándalo, la mayoría de los conocidos auguraba poca duración al nuevo vínculo, pero al mes de convivencia Josefina y Julián decidieron visitar Venecia. Rocío, ya próxima a la adolescencia, protestó por la decisión, pero Facundo y Juan Manuel estaban encantados de pasar una temporada junto a los abuelos maternos.

El viaje tenía otro propósito, además de la luna de miel. Buscaban concebir un hijo. Dentro de lo complejo que habían sido las cosas, a Josefina le había facilitado la transición de un hombre a otro el hecho de que Julián hubiera venido con la promesa renovada de la maternidad, cuya ilusión ella había creído clausurada. En ese sentido, entonces, Matías fue apartado tan rápido del seno familiar, porque —más allá de todo a lo que él mismo se sustrajera al intimar con otra mujer— en el tiempo que sucedió a la muerte de Ariel no había sido capaz de alentar la esperanza de su esposa.

En cambio, casi desde el primer momento Julián le había dicho:

—Tengamos un hijo.

Y su fe, su optimismo, creyó Josefina, podrían más que las advertencias de la medicina.

Lo buscaron. Las postales de embrujo que construyen el paisaje veneciano obraron de telón de fondo de ese impulso que los llevaba a abrazarse y que tenía tanto de la novedad de la pasión como del empecinamiento. Góndolas, callejuelas, puentes, condottieros, museos, faroles de luz oblicua, palomas en la Piazza San Marcos, luna sobre las aguas estancadas. Que el embarazo no sobreviniera de inmediato, que el hijo no aterrizara sobre ellos como un broche de oro para cerrar las expectativas de aquel viaje, era previsible. La vida es inelegante y busca diferir el momento en que coinciden el surgimiento de un deseo y la consecuencia de un acto. Sin embargo, en la cama del hotel, Julián y Josefina fantaseaban tratando de precisar el instante mismo en que se habría producido la concepción —ella había sentido que el espermatozoide de Julián se había juntado con su óvulo hacía un par de días; él creía que había ocurrido la noche anterior—, anticipaban el sexo del hijo por venir y proyectaban nombres de raíz italiana: Giacomo, Franco, Francisco... La criatura nacería cerca de fin de año y cargaría con los beneficios del amor con que lo habían concebido en aquella ciudad mágica.

Seguros de que todo estaba en marcha, los últimos días de esas vacaciones decidieron abstenerse de copular para que, teniendo en cuenta los antecedentes, la fijación del feto no se viera perjudicada por un movimiento brusco o cualquier otra clase de percance. Esos cuidados, aunque tenían por origen el cálculo, no entibiaban el entusiasmo que parecían sentir el uno por el otro; la abstinencia, al funcionar como un límite claramente aceptado por ambos, obraba a la vez de elemento purificador y excitante. En cierto sentido constituía la base alimenticia que estaban ofreciendo para que se fortaleciera la criatura.

Sin embargo, durante el viaje de regreso, cuando el avión volaba sobre el Atlántico, Josefina

empezó a sufrir un malestar para el que no encontraba explicación. Era noche cerrada; estaban atravesando esa zona negra sobre el océano que registran los instrumentos de navegación pero que no se reproduce en las pantallas individuales de los viajeros para no subrayar la evidencia de que ya están lejos de tierra firme y que si se suscita un problema grave no hay lugar adonde volver. El malestar de Josefina tenía toda la modalidad sintomática de la arcada, pero ella no había comido ni bebido nada. Y lo extraño era que ese reflejo vacío se producía sobre la sensación de lo lleno, como si de pronto, monstruosamente, el nonato se hubiera inflado dentro de su útero y estuviera pugnando por salir. Josefina tuvo un acceso de asfixia que le agarrotó la garganta, creyó que iba a morir y trató de gritar, pero no pudo. Se aferró de la mano de Julián, que dormía a su lado, y cuando Julián empezaba a despertar sobresaltado de su sueño, ella — como si el avión hubiera sorteado un pozo de aire— ingresó de nuevo en una sensación de cierta normalidad.

Julián preguntó qué había pasado, ella le dijo que no había sido más que un susto, y él siguió durmiendo.

Al amanecer, cuando el avión se aproximaba a su punto de destino, Josefina fue al baño. Tenía la ropa interior empapada en sangre.

Julián tomó el episodio con bastante serenidad, cosa que alivió a Josefina. Dispuesto a enfrentar esa situación desfavorable y cualquier otra que apareciera, aseguró que simplemente se trataba de insistir:

—Vamos a tener hijos —prometía—. No uno: varios.

Un compañero de trabajo le había contado que después de buscar descendencia por años y habiéndose sometido a diversos tratamientos de fertilización que los desgastaron anímica y físicamente y les costaron fortunas, él y su mujer dieron por casualidad con una especie de curandera, bruja o manosanta que les transmitió una serie de técnicas ancestrales que dieron por resultado un par de hermosos gemelos.

Josefina aceptó ir a una sesión.

La curandera atendía en un piso alto de un edificio de oficinas. Desde los ventanales se veía el río. Era una mujer de mediana edad, teñida de un rojo rabioso, que los hizo pasar a su consultorio —un pequeño gabinete donde no había sillas ni escritorio sino unos almohadones de tela rústica ilustrados con motivos indígenas— y los invitó a descalzarse y sentarse en el piso, con las piernas cruzadas. Sin preguntar el motivo de la consulta, contempló la postura que adoptaban y les señaló la conveniencia de relajar la espalda, apoyar bien los isquiones y tensar los abdominales. Después les sirvió un té de hierbas de olor penetrante y los citó para una sesión a realizarse la próxima semana, durante la que repitió el procedimiento, pero además agregó un ejercicio que consistía en inspirar aire mediante pequeños “sorbos”, uno detrás de otro y sin detenerse a exhalar, sino actuando de manera acumulativa, hasta llenar el estómago y los pulmones. Una vez completada la carga, había que contenerse y sentir el aire dentro del cuerpo, percibir sus diversos niveles, la forma en que se distribuía y la creciente violencia con la que pugnaba por salir. Si el paciente se serenaba y resistía el impulso de exhalar, estaría en condiciones de advertir que, a cambio de adensarse y volverse tóxico por la falta de renovación, el aire se aligeraba y se volvía “luminoso”, lo cual tenía una explicación científica: al “cortarse” mediante la respiración, se lo cargaba de iones positivos, que se distribuían por todo el organismo como si fueran pequeños soles radiantes. Cargado el cuerpo de energía, entonces sí se podía exhalar, y luego se volvía a repetir el ejercicio cuantas veces se quisiera.

En la tercera sesión, además de la técnica de respiración, la curandera sumó un ejercicio para realizar en pareja: la mujer se acostaba boca arriba, desnuda y con las piernas abiertas, sobre un almohadón de regular tamaño, que abarcaba desde la cintura hasta la parte alta de la espalda, dejando libres el cuello y la cabeza, que quedaban colgando o se apoyaban en el piso. En esa postura, su cuerpo representaba un arma primitiva: las piernas formaban el arco y el tronco y la cabeza eran la flecha. Mediante sus manos, el hombre, sin modificar la posición de la mujer, debía disolver las tensiones de su cuerpo, ir aflojando cada nudo, nódulo o contractura, hasta

dejarla liberada y dispuesta solamente a su goce. El ejercicio estaba especialmente indicado para las mujeres que se habían petrificado en la convicción de que la vida era un perpetuo combate y no se entregaban a lo nuevo. Para eliminar esa creencia traumática, era conveniente que el hombre la sometiera a masajes largos y pausados, que debían converger desde las extremidades hasta el pubis y allí concluir en una estimulación meditada y consciente del clítoris. Una estimulación correcta lograba desarmar a la guerrera para dar paso a la mujer cóncava y fecunda, la mujer-madre-tierra-eternidad.

Además, esa serie de ejercicios se complementaban con cambios en la alimentación, que obligaban a abandonar el hechizo de lo sangriento y pasar a las savias vegetales y los nutrientes esenciales, y una transformación en los ritmos de vida. De las ropas ajustadas se debía pasar a las ropas holgadas; de la velocidad a la lentitud; de los vehículos motorizados a las caminatas. Y así sucesivamente. Todos estos cambios, dijo la curandera, eran requisitos para que el ser a concebir se alojara, tanto conceptual como materialmente, en un cosmos favorable a su advenimiento.

—Cada nacimiento altera el mundo, hacia delante en el tiempo, hacia atrás en el tiempo. Somos parte de una cadena infinita —terminó esa vez.

De cada una de aquellas sesiones, Josefina había salido mareada, con dolor de cabeza y abochornada ante la idea de que sus deseos de maternidad se vieran sometidos a un catálogo de fórmulas extravagantes. Sin embargo, y siempre que dejaba el consultorio lo hacía con la idea de no regresar, al cabo de la semana era ella quien insistía en volver. Su empeño ya se debía menos a la ilusión de obtener resultados que a la desazón que le producía la idea de resignarse prematuramente. Sobre todo, había un impulso de generosidad que la llevaba a exagerar una esperanza que cada vez estaba más lejos de sentir: no quería que Julián se desilusionara.

Era extraño. Julián, que durante toda su vida se había mostrado cínico y racionalista, ahora se revelaba como alguien ingenuamente confiado en aquellos ritos. Para Josefina era evidente que él creía porque necesitaba creer, y lo necesitaba porque la amaba tanto que se aferraba a cualquier promesa con tal de conseguir el hijo que ambos deseaban.

Apenas se mudó a la casa del barrio vigilado, Julián mandó retirar las cámaras. No es que sospechara de Matías. Lo conocía lo suficiente como para saber que —aun en el nuevo estado de cosas— sería incapaz de cometer una indiscreción. Simplemente, aquellos aparatos resultaban un testimonio incómodo y antiestético del pasado sentimental de Josefina. Las metió en cajas y ocultó las cajas en el altillo, detrás de unas bolsas llenas de cortinas viejas. No obstante, tras el retiro siguieron quedando los cables de conexión, que el instalador no se molestó en guardar debajo de las tapas y que, a veces, cuando las mucamas abrían las ventanas para ventilar la casa, se sacudían como ramas secas. En esos momentos, Julián se prometía llamar inmediatamente al técnico para que concluyera como correspondía con su trabajo, pero por un motivo u otro dejaba pasar los días. Él, que por ese amor fulminante y absoluto, frente a cuya aparición había sido el primer sorprendido, no vaciló en descartar cualquier consideración por las reacciones ajenas, ahora dudaba en realizar esa sencilla operación, que quedaba a cuenta de un intermediario, como si el hecho de anular los cables y esconderlos, o aun cortarlos, equivaliera a una especie de extirpación del ser completo de Matías.

Por supuesto, ese acto que se abstenía de producir constituía, de la manera desplazada en que siempre se organizan los impedimentos, la figura del límite que Julián no estaba dispuesto a sobrepasar. Porque una cosa era enamorarse de la ex mujer del que había sido su mejor amigo y afrontar las consecuencias, y otra muy distinta, tratar de suprimir de aquel hogar todo vestigio de la existencia de su anterior ocupante. El mero hecho de intentarlo hubiera sido insano y cruel, porque, aun a la distancia, Matías era y seguiría siendo el padre de los tres primeros hijos de Josefina.

¿Cómo omitir eso? ¿Y a cambio de qué? Bastante afectadas debían de sentirse ya las pobres criaturas por la veloz salida del padre y por el aun más veloz ingreso que se había producido luego. A veces, en las cenas —único momento en que estaban reunidos—, él o Josefina hacían mención a los nuevos sucesos y los definían con una caracterización que se pretendía positiva: “Estamos transformando nuestras vidas”.

De eso no cabía duda. Pero más allá de cualquier cosa que dijeran, ni él ni Josefina tenían evidencia alguna acerca del efecto real que producía esa transformación en el ánimo de los chicos. Los tres se mostraban mudos, imperturbables. No expresaban alegría ni malestar. Tampoco pedían por Matías. A veces, con algo de temor supersticioso, era Julián quien lo mencionaba, o lo hacía la propia Josefina; era para que los chicos supieran que la figura del padre no estaba interdicta. De todos modos, al decir el nombre del ausente bajaban un poco la voz, como se hace al hablar en la cercanía de un enfermo o cuando se recuerda a un difunto.

Con el paso de los días, Julián empezó a entender las dificultades de la posición que ocupaba en aquella casa. Josefina parecía completamente despojada de aquello que él se veía al mismo

tiempo necesitado de expurgar y de preservar, la presencia del otro. Más allá de los niños, la existencia doméstica y familiar de Matías seguía manteniendo su fuerza de arrastre.

Seguro de que era el momento de apostar a más, Julián trató de convencer a Josefina de vender esa casa, sumar sus respectivos capitales y comprar otra, juntos: en la última bajada de una autopista nueva se estaba armando un barrio de chacras. Josefina se opuso: los chicos ya habían vivido demasiados cambios y novedades en el curso de un solo año, en el barrio tenían sus amistades, sus hábitos escolares y deportivos.

Lentamente, con una amargura cuyo espesor y dimensiones recién ahora empezaba a sospechar, Julián se fue enterando de que el causante de las mudanzas del corazón de una mujer paga el precio de ese acto convirtiéndose en un desplazado.

Esa nueva condición, que nunca imaginó que le tocaría experimentar y de la que quería librarse lo más rápido posible, lo obligaba a comportamientos distintos a los de siempre, lo que él mismo interpretaba como una evidencia de que las circunstancias lo estaban llevando a armarse de un carácter nuevo. Siempre había sido de palabra fácil e incluso hiriente, mostraba un estilo despreocupado y ligero que consideraba propio de su velocidad mental, pero ahora se había vuelto observador, reservado, reflexivo. Se sentía en la necesidad de cuidar cada una de sus expresiones, sobre todo cuando estaba en presencia de los hijos de Josefina. Había acuñado el temor de que lo acusaran de ser un intruso.

Y en relación a la propia Josefina, su situación era todavía más complicada. A veces, con un tironeo del alma cuyos chirridos sólo él podía medir en intensidad, trataba de adivinar qué pretendía o esperaba de él. Buscaba un elemento objetivo, algo que escapara a la banal afirmación masculina: “Las mujeres no saben lo que quieren”. Que Josefina había querido algo y lo seguía queriendo, eso era obvio: continuaban juntos y en apariencia habitaban como una pareja armoniosa. Pero, al mismo tiempo, lo que él había tratado de erradicar de ella y de su hogar se mantenía indemne. Una y otra vez, su voluntad de cambio había chocado contra el muro de esa insistencia. Con la intención de saber más para obrar mejor, Julián se forzaba a sí mismo y, con una deliberación que afectaba la agradable idea que tenía acerca de su propia persona, trataba de auscultar en su mujer el eco de la presencia de Matías.

Sin que nadie se lo pidiera, lo nombraba muchas veces por día. Extrañamente, aquello no parecía molestar a Josefina. Julián tendía a creer que esa indiferencia aparente era un gesto estudiado, que ella le dedicaba tanto para no herirlo como por guardar un secreto, si es que en realidad existía un secreto por proteger. Entonces redoblaba la apuesta, porque no se conformaba con saber o con suponer a medias, y trataba de enterarse de más y más detalles, más y más anécdotas de un matrimonio a cuya liquidación él mismo había colaborado.

Y Josefina, a cambio de pedirle que cesara en sus demandas alegando razones de pudor o vergüenza ajena (como hubiera hecho cualquier otra mujer puesta en su lugar), satisfacía su pedido. Y le contaba.

Aunque estaba convencido de que los acontecimientos ingresaban en una fase que había que encarar desde una perspectiva pesimista, Julián descartó toda resignación. Dispuesto a luchar por la continuación y el fortalecimiento de su vínculo con Josefina, a veces su ansiedad lo llevaba a elegir las armas menos apropiadas, por lo que el resultado era siempre dudoso. En la cama, por ejemplo, luego de algún encuentro carnal que le había parecido superior a la media, trataba de aprovechar la supuesta ventaja obtenida y convertirla en una confirmación. Entonces le preguntaba a Josefina:

—¿Me querés?

Vez tras vez, ella le contestaba:

—¿Cómo podés preguntarme eso?

De acuerdo a su estado de ánimo, Julián interpretaba la réplica como un reproche, como un signo afirmativo, como una negación.

Finalmente, a cambio de seguir hurgando en los pliegues de ese enigma, optó por dejar que el tiempo actuara. Después de todo, el matrimonio no opera por precipitaciones sino por acumulación. Él debía abstenerse de disputar a Josefina con la sombra de Matías; lo que tenía que hacer era construir la nueva forma de la familia.

A tal efecto, organizó un almuerzo de domingo en el que, bajo la sombra asimétrica de las varas de caña que cruzaban el deck con vista a la pileta, reunió a sus padres con los de Josefina. La idea era propia de un plan de operaciones: confundir y acercar los linajes en un movimiento de sociabilidad.

Y el asunto podría haber funcionado, al menos un poco mejor de lo que funcionó, si los miembros de ambas familias hubiesen ignorado todo acerca de la existencia de los otros y si no hubiesen arribado al encuentro con opiniones formadas de antemano. En rigor, sus padres y los de Josefina se conocían desde hacía años, pertenecían a círculos más o menos próximos y frecuentaban los mismos lugares, pero esa serie de coincidencias auspiciosas no redundarían en un acuerdo.

Ese día, las carnes estuvieron bien y el humo del asado subió al cielo, pero las conversaciones sobre temas indiferentes tendían a languidecer y extinguirse apenas comenzadas, y Julián enseguida comprendió que sólo en su fantasía más disparatada había podido imaginar que alguna vez los hijos de Josefina llegarían a llamar “abuelos” a esos dos desconocidos.

Tras los postres, y con el pretexto de estirar las piernas, salieron a dar una vuelta por los senderos del barrio. Con idéntica voluntad disociadora, los padres de Josefina se inclinaban a admirar ciertos sugestivos primores de la vegetación y ciertas audacias de la arquitectura local que los llevaban hacia la derecha, mientras que los de Julián tendían a hacer lo propio hacia la izquierda, de modo que, cuando los caminos divergieron, Julián pudo adivinar que aquellos que

en un futuro próximo pretendía denominar como sus suegros estaban aprovechando el momento para advertir severamente a Josefina acerca de su conducta de los últimos tiempos. Previo incluso los detalles: ambos viejos le pedían que revisara las razones que la habían llevado a mantenerse firme en una decisión que la arruinaba socialmente y que en su opinión provocaría cambios en la salud psíquica de los nietos.

Julián y sus padres caminaron un rato en silencio por la avenida de Las Hortensias, fingiendo admirar esas flores monstruosas que en los recodos del camino se precipitaban sobre sus cabezas, empujadas por el viento. La madre de Julián, sobre todo, mostraba una fuerte expresión de disgusto, como si aquellos mazos de vegetación estuvieran animados de una voluntad particular de molestarla.

La lección empezó, como era de esperarse, con unas palabras que dijo el padre, quien, hablando en su carácter de médico de años y conocedor de las glorias y miserias de la especie humana, se permitió explicarle que había gustos y pasiones que se toleraban en secreto pero que eran muy mal vistas en público, porque lo natural era que transcurrieran en ámbitos privados. Gráficamente: que Julián se hubiese acostado con la mujer de su amigo podía ser considerado en muchos círculos como una muestra de masculinidad rebosante, que a veces fuerza incluso a los hombres inteligentes a pensar de forma testicular. Pero el hecho de quedarse con esa mujer ya era una cosa muy distinta, algo cuyo significado él —evidentemente— evaluaba de manera incorrecta.

—Lo que tu padre quiere decir —se sumó la madre— es que convertiste a Matías en un cornudo, a Josefina en una arrastrada, y vos, que podrías haber hecho un matrimonio perfecto con cualquiera de las tantas chicas de familia que conocés, quedaste como un mal amigo, un traidor y un ladrón de esposas, y comprometiste tu futuro al atarte a una mujer que tiene tres hijos y que cuando vea el desastre al que se dejó llevar por la pasión que sintió por vos, te va a odiar como nunca nadie te odió. Así que, teniendo en cuenta el panorama, ¿me podés decir que creés que ganaste?

—¿Nunca se les ocurrió pensar que todo esto puede ser por amor? —dijo Julián—. ¿Por qué no me tienen un poco de confianza?

Su madre apartó de un cachetazo una corola bamboleante:

—El amor... —repitió, subrayando lo poco que valía el concepto.

—El amor no es la condición de las cosas —agregó su padre—, sino lo que llega después, como su conclusión. Lo que queremos decir, hijo, es que aunque tengamos confianza en vos, y tenemos mucha confianza, estamos preocupados...

—Tal vez pienses que soy un poco chapada a la antigua —interrumpió la madre—, pero creo que uno no debe dejarse llevar por los impulsos, sino que debe mantener una conducta a lo largo de la vida. No soy quien para opinar de los demás, así que no voy a calificar el comportamiento

de Josefina, pero Matías era como tu hermano. Y uno no se casa con la mujer del hermano, salvo que el hermano haya muerto. Y no es el caso, que yo sepa...

—María... —dijo suavemente el padre.

—Creo que va a llover —dijo la madre—. Con mi dolor de huesos, lo mejor es que me ponga a cubierto. Si es que encuentro el camino de regreso a esa casa enorme, helada y de mal gusto —dijo y pegó la media vuelta.

Julián y el padre la vieron achicarse hasta que desapareció en un recodo del camino. Después, el padre de Julián tomó a su hijo del brazo, simulando que se sentía necesitado de sostén.

Siguieron caminando.

—Como te darás cuenta, mamá está muy enojada —dijo—. Ella y yo soñábamos con nietos propios.

—¿Quién dice que no los van a tener? —dijo Julián.

—A veces contestás como si fueras una criatura. Por supuesto que nada te lo impide, salvo los obstáculos que creaste vos mismo. ¿Sinceramente se te ocurre que con Josefina...?

Por supuesto, la pregunta del padre de Julián era, una objeción que adquiría el carácter de lo incontrastable por el hecho de haber quedado en suspenso. Julián sintió un pequeño mareo, quizá debido al efecto repentino de su comprensión. Su padre, sin hablar, estaba en lo cierto. Pero lo estaba justamente porque fallaba en la verdad esencial de las cosas, porque aceptaba el punto de vista del funcionamiento del mundo, la cáscara visible. A esa cáscara la gente la llamaba sabiduría, así que él, que amaba a Josefina, debía de haberse equivocado. O quizá lo que ocurría era que su madre había acertado: estaba por llover, y las nubes bajas y plomizas oprimían la atmósfera con su promesa, y a él le había bajado la presión...

En lo que siguió de la caminata, el padre de Julián se ocupó de remachar en la cuestión de las esperanzas defraudadas: volvió al tema de los nietos y le contó de sus problemas de salud, que a veces le hacían temer lo peor a corto o mediano plazo, de los achaques de mamá, de las fallas de la memoria. Tenían poco tiempo para ver el milagro de su descendencia prosperando en la Tierra.

Pero además, y sobre todo, pensaban en su propia felicidad, la de Julián... En resumidas cuentas, su madre creía que Josefina lo estaba utilizando para castigar a Matías, y cuando el castigo, su ejemplaridad, resultase perfectamente satisfactorio y contundente, volvería con éste. Esa convicción, que el padre no necesariamente compartía pero que respetaba, se contradecía con la que apenas unos minutos atrás la madre formulara respecto de que Julián estaba arruinando la vida de todos. Esa creencia de María —le dijo el padre a Julián—, por ser complementaria y contradictoria con la anterior, expresaba su postura típicamente femenina. Y, ¿quién sabe? Tal vez tuviera razón.

—Las brujas saben —sonrió.

En ese sentido, ella estaba segura de que si él dejaba pronto a Josefina todo volvería al curso

normal: las desavenencias de un matrimonio hallarían su solución al cabo de un tiempo y él, Julián, volvería a estar libre y tranquilo, dispuesto como siempre lo había estado a vivir sus aventuras sentimentales o, si ya se sentía cansado de éstas, si estaba harto de jugar al Don Juan y había decidido sentar cabeza de una buena vez, podría emprender la búsqueda de la mujer adecuada y casarse, y tener la familia que todos querían y darles esos nietos maravillosos que ellos esperaban conocer antes de que fuera demasiado tarde.

La amenaza de la lluvia, que parecía a punto de volverse cierta a cada segundo, disolvió la reunión antes de que se hiciera la hora del té. Los viejos se despidieron sin promesas de nuevos encuentros.

Josefina prefirió no hacer comentarios acerca de lo ocurrido, como si desde el principio hubiera sabido lo que podía esperarse de situaciones como ésta, pero Julián quedó afectado. Aquel encuentro había servido para confirmar, otra vez más, lo imposible del vínculo con sus padres: él no hacía nunca nada semejante a lo que esperaban, ellos jamás reaccionaban como hubiese querido. Era desolador. Por encima de todo, le había dolido la mirada implacable que su madre había arrojado sobre Josefina, muy distinta de los comentarios bondadosos pero superficiales de su padre. Esa mirada, que a él lo igualaba con un idiota y a Josefina la volvía una mujer de las peores, corría de lado la certeza amorosa que de un día para el otro los atravesó como un rayo... Y lo peor era que para basurear a Josefina le atribuía esa clase de conducta cínica y desaprensiva que en el pasado había visto utilizar a su hijo infinidad de veces en el trato con mujeres que le importaron poco y nada. Evidentemente, para su madre no había nadie menos respetable que él.

¡Qué triste iba a ser todo si ella tenía razón!

Aquella noche le costó dormirse. Daba vueltas y vueltas en la cama, perturbado por vagas entrevisiones, fantasías con luces y sonidos. En algún momento, se levantó. Quería ir a la heladera y sacar una botella de agua bien helada. Pero cuando iba hacia la cocina se cortó la luz. Poco seguro aún de las disposiciones de la casa, se extravió en el camino y terminó tanteando las paredes sin saber bien dónde estaba. Es posible que la escena fuese parte de un sueño que Julián ignoraba estar viviendo. Cuando volvió la luz, se encontraba en el living, sentado frente a la computadora. Su casilla de correos estaba saturada de mensajes escritos en un idioma desconocido, gutural, cuya explicación más sencilla, su sentido más pleno, buscaba ser traducido por esos signos que el lenguaje de la computación adoptó del teatro: eran caras redondas, con expresiones a veces tristes y a veces sonrientes, la comedia y la tragedia se denominaban “emoticones”.

Julián se dio cuenta de que eran cartas de amor, llamados que desde el otro lado del mundo le hacía un ser al que había conocido de una manera que no podía explicarse y que no se resignaba a su ausencia.

Durante aquellos días, en el barrio vigilado se realizó el bautismo de un recién nacido, el hijo de los Rivarola (*Las Dalias*). Por lo general, los organizadores de esta clase de eventos son muy cuidadosos a la hora de armar las listas de invitados: con el objeto de evitar cruces entre antiguas y nuevas parejas se privilegia a los residentes, aun pasando por encima de la consanguinidad o de los vínculos históricos.

Sin embargo, en este caso, debido tal vez a una distracción del propio Mario Rivarola, una invitación llegó a las oficinas de Matías mientras que otra fue entregada en la casa de Josefina.

La mañana del bautismo, frente a la barrera de ingreso al barrio vigilado, Matías mantuvo una discusión con el guardia de seguridad, quien no lo conocía y no quería dejarlo pasar hasta tanto no apareciera la tarjeta de invitación. Mientras la buscaba —estaba en un bolsillo interior del saco—, Matías argumentó que había sido residente del lugar y que con el dinero que le pasaba a su ex mujer seguía financiando en parte su funcionamiento, pero el guardia no transigía:

—Discúlpeme, caballero, pero si yo lo dejo pasar sin autorización, me echan de mi trabajo.

Matías condujo su vehículo hasta el estacionamiento en un estado de irritación que jamás hubiese imaginado que era capaz de sentir, y no mejoró en absoluto su ánimo el hecho de encontrarse con Josefina en la capilla. Ahora era una mujer desconocida y anodina, que dejaba que la llevara del hombro un hombre que no era él. Y sus hijos... La mirada de sus hijos... No podían ni alzar la vista... ¿Qué les habían hecho? ¿Quién?

Soportó a duras penas el espectáculo (complementado por el griterío del bautizado, un bebé histérico y muy feo que no soportó ni por un segundo el agua bendita rociándole la coronilla), pero a la salida, cuando amigos, vecinos y conocidos conversaban en el atrio, explotó. Sin el menor aviso se fue encima de Julián y empezó a golpearlo, buscándole los ojos y la nariz, le practicaba las palancas de contención del rugby, quería quebrarle los brazos.

A cambio de contestarle, Julián trataba de abrazarlo, le decía:

—¿Qué hacés? Me estás asfixiando... Tranquilizate, somos amigos, hablemos como personas adultas, yo quiero encontrar al Matías que conocí de toda la vida, mirá el ejemplo que das a nuestra familia.

Al mismo tiempo, era como si las palabras salieran solas de su boca, sin que él tuviera la menor intención de pronunciarlas. Julián hablaba como un mal actor.

Para Matías, la expulsión del barrio vigilado —llevada a cabo por los guardias de seguridad— y la prohibición de reingresar al predio no resultaron particularmente humillantes. De hecho, ya se había visto apartado de aquel lugar y de lo que significaba cuando Josefina decidió no perdonarle su infidelidad. En el fondo, allí, en esa escena de gritos y de golpes estaba todo, y resumido: era el misterio de la actitud de Josefina lo que precipitaba su desgracia. Porque en su

momento Josefina había hecho lo que hizo, creyendo quizá que era lo que debía hacer. Pero, ¿y después? ¿Lo había olvidado de verdad? ¿Amaba verdaderamente a Julián?

A medida que se formulaba esas preguntas, cada una proporcional en intensidad a un desgarró, Matías no podía menos que recordar detalles, fragmentos de una situación que ahora trataba de reconstruir y explicarse. Dejando a un lado el comportamiento de los concurrentes —los alaridos de las mujeres, las voces de los varones, la intervención de un par de ex vecinos tratando de arrancarle al traidor de las manos, algunas risas—, lo que quedaba, ahora fijo en sus retinas, era el aspecto lejano —y más que lejano ajeno, ensoñado, como si estuviera hipnotizada— de Josefina, un aspecto de cansancio y tal vez de afabilidad, de persona dispuesta a comprender lo que ocurría, mientras que en realidad su mente discurría en otras dimensiones de sentido. En los chicos, en cambio, era claro el registro: padecían el miedo de las consecuencias de aquello —los niños no conocen los límites de la violencia—, sufrían el dolor y la vergüenza de que él siguiera siendo su padre. Y en cuanto a Julián... en su cara se reflejaba, en tonos más apagados, la misma expresión que había visto en la de Josefina. Como si ambos hubieran llegado rápidamente a esa especie de apariencia de identidad esencial que se percibe en los matrimonios de larga data.

Y de haber sucedido algo así, ¿resultaba mejor o peor para ellos?

En todo caso, nada semejante le había pasado a él con Josefina, y eso quizá explicara por qué finalmente ella se había quedado con Julián. Si la apuesta final de un matrimonio es que dos se vuelvan uno, Josefina habría visto entonces con quién era más factible realizar esa operación... Hipotéticamente, era como un nuevo llamado atávico, distinto de la demanda de la reproducción, al margen de las exigencias de la continuidad de la especie.

Considerando el asunto de manera retrospectiva, ahora Matías podía reconocer con cierta dosis de serenidad que a lo largo de su matrimonio siempre había estado dispuesto a correr el riesgo de perderlo todo, siempre había estado dispuesto a aceptar la posibilidad de que alguna vez Josefina eligiese a otro hombre mejor que él para continuar su vida. Así, no había nada extraño en lo sucedido: Julián era superior a él, tanto en inteligencia y en actitud como en conocimientos. De hecho, Matías nunca dejó de sentirse orgulloso de que Julián fuese su mejor amigo, como si la existencia y perduración de ese vínculo asimétrico demostrara de manera indirecta que hasta un tipo anónimo y mediocre como él poseía méritos. Lo raro del asunto era que esas ventajas que habían caracterizado la personalidad de Julián parecían haber desaparecido luego de que éste se quedara con Josefina. En el enfrentamiento entre ambos, Julián había mostrado la actitud apática de un zombi. Y eso, esa transformación negativa, no podía deberse a la influencia de Josefina, porque a su vez ella era superior a los dos. Mejor dicho: era superior a todas las personas que Matías conocía. Al menos a él, vivir con ella lo había mejorado; bastaba ver cómo vivía ahora para estimar la dimensión de su pérdida.

Pero quizá no le pasaba lo mismo a todo el mundo...

En Julián, por ejemplo, quizá por efecto mismo del contraste de superioridades, a cambio de

elevarse más, lo que ocurrió fue que empezó a apagarse y se hundió hasta esos extremos de imbecilidad y perturbación, de extravío... En ese punto, lo extraño de lo extraño era que Josefina siguiera admitiéndolo a su lado, sin importarle la evidencia de ese terrible descenso. ¿Lo haría por piedad, por orgullo, para no admitir que se había equivocado? ¿O se trataba tal vez de algo que ella había encontrado en Julián, que había sido muy poderoso en él y que se había disipado pero a lo que ella seguía apostando, o manteniendo al menos cierta esperanza de recuperarlo...?

Era posible que se tratara de eso —se decía Matías, encarnizándose en la búsqueda de una explicación—. Incluso, más que posible, era casi seguro que las cosas hubiesen ocurrido así: aquello que Josefina había visto en Julián debió de haber sido o debió de haber producido un efecto muy poderoso y, si efectivamente eso que ella viera desapareció, se trataba, además, de algo de corta duración. Por lo tanto, y sea lo que fuere, tenía que haber sucedido o forzosamente tuvo que manifestarse durante o inmediatamente después del viaje de Julián a Japón.

Y eso no podía ser otra cosa que aquello a lo que el propio Julián había denominado como un “acontecimiento extraordinario”.

Precisamente aquello cuya naturaleza y particularidades él quiso develar y que, habiéndolo intentado sin éxito, lo había conducido al presente estado de destrucción emocional.

Por supuesto, en su idea de investigar en el propio lugar de origen la naturaleza de aquel “acontecimiento extraordinario” que había alterado la vida de todos, se escondía el deseo de conocer plenamente sus características y virtudes, y emplearlas en provecho propio; esto es, en la recuperación del amor de Josefina. En ese sentido, es posible que Matías encarara su tarea con las mismas ambiciones y la escasa probabilidad de éxito que anima al científico que pretende alcanzar la Luna empleando un misil intercontinental. Sobre todo, porque, además de ignorar por completo de qué se trataba aquel acontecimiento, quería mejorar sus prestaciones al punto de que su efecto —fulmíneo pero fugaz— se convirtiera en un fenómeno duradero.

Su idea, la idea que se hacía del funcionamiento de las cosas, resultaba, en suma, pueril y provisoria, pero como asimismo era entusiasta y desesperada le sirvió para impulsarlo a viajar a Japón.

Así, al no imaginarse el carácter y la apariencia del acontecimiento que esperaba, ni saber dónde ni bajo qué forma habría de producirse, arribó a Tokio sin la menor noción acerca de cómo manejarse. Por primera vez en muchos años, se encontraba en una situación de absoluta libertad. Para un hombre como él, esa circunstancia poseía un carácter alarmante y tentador; el exceso lo asfixiaba. Descartada la perspectiva de consultar telefónicamente al propio Julián, se veía perdido. No sabía qué hacer en las calles, ni qué lugares visitar, ni a quién preguntarle nada, en caso de que algún japonés quisiera detenerse por un instante a contestar.

Luego de muchas vacilaciones, decidió seguir los dictados de su carácter. Procedería metódicamente. Bajó al lobby de su hotel y se puso a revisar la infinidad de folletos turísticos desparramados sobre las mesas ratonas.

Primero, yendo a lo más evidente, los examinó tratando de encontrar la expresión que más se aproximara al sentido original de su búsqueda, pero todos, o casi todos, los paseos, recorridos, visitas y excursiones se presentaban bajo el rótulo de lo excepcional e inolvidable. Podía tratarse de las fotos ilustrativas —de algo que se recortaba dentro del encuadre, o de algo que, estando afuera, proyectaba su sombra, ya como una promesa o como una amenaza de singularidad—, o bien de algún matiz que, dentro del léxico utilizado por los redactores de la folletería, poseyera la inflexión distintiva, aquella que podía capturar la atención de algunos, pocos elegidos, sólo él.

Se pasó la tarde en ese estado de concentración exasperante. A la hora del crepúsculo ya estaba harto. Creyendo que si se distraía un poco el resto de su atención obraría de manera autónoma y capturaría por fin el elemento buscado, se dirigió al piso alto del hotel, donde había un natatorio. La luz del sol salpicaba sus motitas sobre la superficie del agua. A lo lejos se veían los montes sagrados y profanos, envueltos en bruma rosada. Se quedó mirándolos porque sí. Vacío de ideas, con una resignación que cualquiera hubiese tomado por un principio de sabiduría, aceptó que las condiciones en que se hallaba volvían imposible la obtención de lo

deseado; incluso más, obturaban su posibilidad. Lo que pretendía debía corresponderle a alguien que no era él. Quizá, en el fondo, el rumbo de su vida ya no tenía explicación. Hasta era gracioso: nunca se le había ocurrido preguntarle a Julián de qué se había tratado aquel bendito acontecimiento que lo había trastocado todo. De haberlo hecho, tal vez se habría encontrado ante la decepcionante y obvia evidencia de que Julián, habiéndolo vivido, no tenía ni la menor idea acerca de sus cualidades y su capacidad de hacerse extensivo al resto de la humanidad. Finalmente, ¿qué es algo extraordinario? ¿Un resplandor, una presencia, una persona, una voz, una ausencia, un pensamiento, una emoción? Cuando se lo menciona, existe; cuando se lo señala, desaparece. Lo único excepcional, lo único extraordinariamente doloroso y persistente era que él estuviera sin Josefina y sin sus hijos, y que Julián se hubiera quedado con todo para siempre, sin pedirlo, y sin merecerlo tal vez.

Al anoecer, Matías ya estaba decidido a regresar a Buenos Aires en el primer vuelo del día siguiente. Perdido por perdido, fue al bar del hotel. La barra era una línea larga sobre la que se sucedían idénticos bebedores solitarios que consumían tragos transparentes en movimientos como los que animan a las olas. Bebían y luego giraban las cabezas, en impulsos automáticos de sociabilidad.

Al rato, todo había entrado en flotación y Matías se encontró conversando con el japonés que estaba a su izquierda y que, confundiéndolo con un turista, le recomendó que visitara un establecimiento de las afueras de la ciudad.

Allí —dijo— se presentaba, o más bien ocurría, algo que no estaba del todo permitido por las autoridades locales, algo que rozaba la ilegalidad pero que en el fondo era tolerado porque pertenecía a la tradición de la isla; era una costumbre atávica, en la que se mezclaban el refinamiento y la barbarie de un modo que atraía a los visitantes, sobre todo si se trataba de extranjeros.

Las palabras que el bebedor utilizó para describir el sitio que recomendaba y lo que allí sucedía eran similares a las que Matías había leído durante aquella tarde pero, por el simple hecho de ser pronunciadas por un semejante, tenían un poder de persuasión del que carecía la letra escrita.

Decidió asistir.

Para llegar al lugar, el taxi dio algunas vueltas que podían considerarse innecesarias, aunque en el estado en que se hallaba Matías no lo pudo evaluar con claridad. El establecimiento era un ejemplo de arquitectura moderna: una construcción hecha en hormigón armado, cuadrada, que brotaba de la montaña y se proyectaba como un gran voladizo gris al precipicio, sostenida por dos columnas ásperas que a la distancia parecían gargantas. Ninguna luz salía de su interior; los ventanales estaban cubiertos por una gruesa capa de pintura negra.

Al entrar, se encontró con una dimensión de la oscuridad que nunca había conocido. Una mano de mujer lo condujo hacia un banco, donde le sirvieron una serie de platos de texturas y sabores desconocidos y exquisitos. Impedido de usar la vista, disfrutó de aquellos manjares como nunca antes lo había hecho con comida alguna. Luego, la misma mujer (ya podía reconocerla por la suavidad de la palma), lo condujo a una habitación donde fue desnudado, untado con aceites perfumados y sometido a una sesión de masajes. Cuando estaba a punto de dormirse, la mano le rozó el hombro y la voz de esa mujer lo invitó a levantarse.

Salieron de la habitación y atravesaron una serie de largos pasillos. A veces, por los cambios de temperatura y densidad del aire, parecía que se asomaban al exterior, y otras que entraban en algo parecido a un sauna. En algún momento el ambiente se volvió húmedo y rancio. Matías dedujo que estaban entrando al interior de la montaña. La mujer se detuvo y encendió un farol.

Vestía una larga túnica de seda blanca, sin inscripciones ni dibujos, sobre la que se derramaba su cabello negro. Matías trató de adelantarse para ver su rostro, pero ella se lo impidió. Depositó el farol sobre el piso, volvió sobre sus pasos y cerró la puerta.

Matías quedó solo en esa habitación, lo que desde luego es una forma incompleta de decirlo. Era eso, por fin, lo que había buscado, o lo más parecido al objeto de su búsqueda que hubiera podido imaginarse. Más allá de la explicación del bebedor acerca de un Oriente que proporciona siempre las versiones más extremas de su propia identidad, había llegado al sitio donde todo se mezcla sin fin. En realidad, lo que ahora estaba viviendo, si no era en sí mismo un acontecimiento de las dimensiones que hubiera sido de esperar, algo a la altura de sus expectativas, era sin embargo el acontecimiento extraordinario de su vida. Porque la mujer portadora de esa luz temblorosa y evanescente lo había llevado a una habitación donde, sentados sobre sillas o bancos, acostados en el suelo, desparramados en posiciones sublimes y ridículas, con distintos colores y aspectos (los había pálidos, ya azules, grises o tirando a verdes), con ojos abiertos y cerrados, y lo mismo sus bocas, desdentadas o no, descansaban los muertos.

Guebel, Daniel

Ella. - 1a ed. - Buenos Aires : Mondadori, 2011.

(Literatura Mondadori)

EBook.

ISBN 978-987-658-120-2

1. Narrativa Argentina. I.Título

CDD A863

Edición en formato digital: noviembre de 2011

© 2011, Random House Mondadori S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-658-120-2

Conversión a formato digital: Newcomlab S.L.

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhm.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Collins

DEBATE

DEBOLSILLO

Electa

Grijalbo

Lumen



montena

PLAZA JANÉS



ROSADÉLSVENTS

Editorial Sudamericana